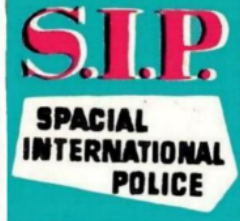


SIP

EL SUPERCEREBRO

J. GARLAND

SIP



EL SUPERCEREBRO

JOHNNY
GARLAND



EL SUPERCEREBRO



El supercerebro

Por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

© Ediciones Toray, S. A. – 1961

Depósito legal B. 4810 - 1961

Número de Registro: 6.605 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

EL SUPERCEREBRO



CAPÍTULO PRIMERO

EN LOCH MANOR



OR fin había llegado a su destino.

Alan Dawson contempló el lugar desde el pie de la colina. No era demasiado bello, pero tampoco todo lo feo y tenebroso que él hubiera esperado. Acaso en esto se dejó influir con exceso por su imaginación. Después de todo, los sitios en que puede ocultarse algo perverso no son necesariamente de apariencia horrible.

Green Hill era un lugar triste, como la mayor parte de las regiones boscosas y agrestes de Escocia, en su región de Highlands o Tierras Altas. Eran los mismos lugares donde casi cien años atrás, se buscó —y encontró alrededor de 1970— el llamado “monstruo de Lochness”. En el gran lago apareció aquella serpiente de mar, o extraño reptil sobreviviente de lejanas épocas, que tantos estúpidos consideraron como una fantasía, hasta que la realidad les dejó boquiabiertos.

Entre lagos, ríos y lagunas, en un auténtico cerco pantanoso y húmedo, que levantaba la fría, viscosa neblina nórdica, sobre el pegajoso suelo embarrado y hosco, Green Hill era poco menos que un montículo. Poseía un sendero relativamente llano, bastante vegetación, aunque de un tono parduzco bien lejos del verde que quería pregonar el nombre mismo de la colina, y también un edificio en su cumbre.

Aquel edificio era Loch Manor.

Y Loch Manor, el lugar que él buscaba. Alan Dawson suspiró, nada satisfecho de su misión. Aquello no le gustaba. En realidad, era como ir en busca de un fantasma, de algo que no existía. Y ese algo posiblemente estuviera en lo alto de Green Hill. Pero él se resistía aún a creerlo.

Regresó a su turbo móvil y, siempre a una discreta marcha, reanudó el avance hacia Green Hill. Quedaron abajo los pantanos y lagos, extendiéndose turbiamente bajo el velo grisáceo de la niebla.

Loch Manor no resultó ser ningún castillo medieval, sórdido y estremecedor. Tampoco una típica granja inglesa o escocesa del anterior siglo XX. Era, simple y llanamente, un edificio sólido, levantado a principios del siglo XXI y dotado de líneas rectas, frías y esquemáticas. Había una gran galería semicircular sobre el porche de rectas columnas. El techo, abovedado, formaba una cúpula hemisférica, recordando vagamente a un observatorio astronómico de algunos años atrás.

Como ya advirtiera desde la base de la colina, Loch Manor no era particularmente bello, pero tampoco resultaba repulsivo. Detuvo su turbomóvil ante el porche, y contempló el lugar, antes de pisar tierra.

El suelo era de losas desiguales, de color pizarra. Había plantas propias del lugar, delimitando el claro. Y un rótulo, sobre metal blanco, esmaltado, junto al porche de columnas:

«Loch Manor. Prohibida la entrada a todo extraño. Propiedad de Laszlo Kovac”.

A Alan Dawson no pareció impresionarle el rótulo. Pisó el suelo, tras cerrar la portezuela del turbomóvil y avanzó con paso firme hacia el porche. Una vez allí sus ojos buscaron el timbre en torno a la amplia puerta de acceso. Lo encontró.

Pulsó un botón rojo, en el muro de metálico aspecto. En realidad, sentía la viva impresión de que era observado, de que alguien, tras aquellas paredes, podía contemplarle a su antojo, detectada su presencia mucho antes de que el timbre emitiera su sonido.

Era solamente una sensación puramente intuitiva. Pero Alan estaba seguro de hallarse en lo cierto, se sentía bajo la vigilancia de alguien. Y esa convicción aumentaba por momentos.

Apenas esperó unos segundos. Luego se abrió la puerta muy lentamente. Apareció un hombre en la entrada. Alto, enjuto y de rostro muy pálido y cabellos negros. Tenía ojos oscuros, profundos y ardientes. Parecía un criado. Pero a pesar de ello, poseía autoridad, rasgos personales muy propios e independientes.

—¿Qué desea? —preguntó con voz glacial.

—Me llamo Alan Dawson —informó el joven con una sonrisa afable—.

Soy reportero del “Science Gazette”. Vengo a...

—Lo lamento, señor —cortó abruptamente el individuo—. Si viene a ver al profesor Kovac, le diré que no recibe a nadie. Y menos aún a periodistas. Ha hecho su viaje en balde.

—Escuche, amigo. No soy un reportero cualquiera. Mi entrevista con el profesor debe de celebrarse, para que...

—Insiste totalmente en vano, señor. Sea usted quien sea, la orden es para todos. El profesor no recibe. Debió informarse previamente en Lochgreen. En el pueblo saben muy bien que...

—En el pueblo me informaron ya con amplitud. A pesar de ello, creía poder llegar a él. Es de suma importancia que le vea. Y cuanto antes, mejor.

—Mire; señor. Desde que el profesor se retiró a esta vivienda, prohibió en forma tajante a todos los periodistas que vinieran aquí. A pesar de ello, usted ha venido. Debió pensar en que el fracaso acompañaría también sus gestiones.

—Cuando he emprendido este viaje a Escocia, no fue precisamente esperando que me dieran con la puerta en las narices. Por eso estoy aquí. Y no creo que me marche sin ver al profesor Kovac.

—¿Se ha vuelto loco? —se irritó el servidor—. ¡Esta casa es propiedad del profesor Kovac! y nadie puede interrumpirle sin que él lo autorice.

—Mi asunto es muy urgente. No admite demoras...

—Pues habrá que demorarse o...

—¿O qué, amigo mío?

Súbitamente la voz de Alan Dawson había sonado fría, chirriante, con una dureza diamantina. Sorprendido, el servidor se encontró encañonado por un arma. Una pistola electrónica que le apuntaba sin demasiadas contemplaciones. La sonrisa de Alan se había tornado animosa.

—¿Qué significa esto? —inquirió el hombre, preocupado.

—Significa que iremos a ver al profesor, le guste o no.

—Esto es un atropello, señor. Avisaré a la policía si...

—Yo soy la policía —cortó, glacial, Alan Dawson—. Y será mejor que no perdamos más tiempo. Se está agotando mi paciencia. En marcha. Lléveme hasta dónde está su patrón, y sin intentar tonterías que podrían ser fatales para usted. ¿Me ha comprendido?

—El señor habla muy claramente —observó con sequedad el sirviente del profesor Kovac—. Sígame.

—Claro que le seguiré. Y muy de cerca —se pegó al criado, hincando en sus costillas el cañón del arma—. Vamos ya. Eche a andar. Y con las manos en los bolsillos, no sea que se me dispare la pistola y lo estropeemos todo.

Silenciosamente, el criado del profesor Kovac caminó hacia el interior de la residencia. Alan le seguía como si fuera su propia sombra.

Cruzaron varias estancias, amplias y desiertas, un largo corredor y llegaron finalmente a una habitación de muros metalizados. El criado se detuvo frente a un muro en el que se dibujaba el hueco de una puerta.

—Es un ascensor— explicó—. He de accionar un resorte.

—Hágalo, pero con cuidado, amigo.

El criado lo hizo. El joven Dawson y su hombre avanzaron hacia el interior, tras una ojeada crítica de Alan. Se hallaron en una cabina cuadrada, de muros acolchados, que al cerrar de nuevo la puerta, descendió con celeridad. Apenas bastó un segundo. Alan observó que el ascensor se detenía en el nivel marcado como “Sótano”, a juzgar por el luminoso rojo del cuadro de plantas.

—¿Y ese otro botón? —inquirió, señalando el inmediato—. ¿Qué significa?

—Nada. Es el nivel tope del ascensor. No hay piso allí.

—¿Y el profesor Kovac está aquí?

—Sí.

Se abrió la puerta del ascensor. Echaron a andar lentamente, por un corredor iluminado por luces azuladas, tenues e indirectas. El lugar era frío y húmedo, a pesar de su estructura metálica en suelo, paredes y techo. Los pasos resonaron hueca, glacialmente, haciendo eco al final del corredor.

Era su objetivo, una puerta metálica, ancha, sólida, acerada, al fondo del pasillo por el que caminaban ahora. Cuando estuvieron ante ella, el hombre cambió una mirada de ira con su captor. Luego, de mala gana, a un gesto de éste, golpeó con los nudillos sobre el metal.

Transcurrió un silencio. Nuevamente golpeó con los nudillos el servidor de Loch Manor. Sus manos, fuertes y nudosas, producían un sonido hueco, rotundo, en el metal.

Dentro sonó una voz sorda:

—¿Quién es?

—Lothman, señor —dijo con voz ronca el hombre, al tiempo que la presión del arma de Alan Dawson aumentaba en su costado.

—Lothman, le dije que no me importunase —le recriminó la voz fríamente, sin que la puerta tuviera trazas de abrirse—. Estoy trabajando...

—Bien lo sé señor —el criado respiró hondo, como si lo que ahora añadía fuera trascendental. Y, a la vez, significara su propia ruina—. Sin embargo, es algo muy importante. Ha habido una visita. Se ha marchado ya. De ella quiero hablarle.

—¿Es importante, dices? —rezongó malhumoradamente la misma voz interior, masculina y profunda.

—De vida o muerte, señor —mintió Lothman—. ¿Puede abrir, profesor

Kovac?

—Está bien —dijo finalmente el hombre que se hallaba dentro—. Espere, Lothman. Voy a abrirle...

Apenas transcurrieron cinco o diez segundos. Luego, la puerta se deslizó rápidamente a un lado. Alan Dawson, vertiginoso, alzó su arma. El cañón metálico golpeó a Lothman en la nuca con violenta sequedad. Sin un gemido, doblándose sobre sus rodillas, el cuerpo de Lothman se flexionó y rodó al suelo metálico, quedando inmóvil a los pies de Dawson.

Éste saltó luego adelante, haciendo gala de su agilidad, y pisó el interior de la estancia. Ésta se hallaba en penumbras. Al fondo, la silueta de un hombre, erguido tras una complicada mesa llena de objetos electrónicos, era visible. Y unos ojos agudos, fríos, se clavaban en él, expectantes.

Sin vacilar, Alan Dawson avanzó y clavó su arma en el hombre de cabellos grises y expresión leonina, para pronunciar unas frías, duras palabras, apoyadas en la contundencia de su pistola:

—¡En nombre de la Ley, queda arrestado, profesor Kovac! ¡Se le acusa de fabricar ingenios ilegales para su utilización delictiva, y yo, agente de la SIP, vengo a arrestarle!

Kovac no contestó ni se movió. Alan Dawson conocía bien su rostro, su enjuta y pequeña figura envuelta en la bata blanca, la melena gris, leonina y tosca, en torno al rostro ancho y afilado, de durísima expresión y gran inteligencia.

A espaldas de Dawson, la puerta deslizante volvía a cerrarse, con suave celeridad. Alan le dirigió una mirada de soslayo y se apresuró a avisar abruptamente al sabio:

—¡Vamos, no haga tonterías! ¡Mantenga esa puerta abierta, o disparo!

Pero Kovac no le hizo el menor caso. En vez de eso, echó atrás la cabeza y soltó una carcajada, que resonó metálicamente en la estancia en sombras, como si unos altavoces la difundieran con rotundos ecos.

—¡No se atreverá a disparar, joven estúpido! —silabeó sarcásticamente—. ¡Está en mi poder! ¡No puede marcharse ya de aquí... aunque lo pretenda!

—¡Pero sí puedo aniquilarle, profesor! ¡No me obligue a ello! —amenazó furioso Alan Dawson— ¡Tengo orden de disparar a matar, si se resiste a entregarse!

—Sus compañeros de la SIP son muy inteligentes, si han logrado localizarme a mí. Y sobre todo, localizar mi obra. ¡Pero no han sabido medir mi inteligencia, polizonte del diablo! ¡Vamos, dispare si se atreve! ¡Está en mis manos, imbécil!

Alan respiró hondo. La puerta se cerraba ya. Realmente no pretendía matar a Kovac, salvo en caso absolutamente necesario. Pero quiso asustarle. Apuntó y disparó de súbito a un objeto metálico situado junto a la cabeza del sabio.

Su arma térmica centelleó en las penumbras de la amplia sala. Un proyectil estalló sobre el objeto metálico, provocando una llamarada cárdeno-rojiza. Inmediatamente ocurrió algo. Algo que jamás se hubiera imaginado Alan Dawson, agente especial de la SIP.

Porque en vez de estallar el objeto metálico, fundido bajo el impacto térmico, todo se resquebrajó, se agrietó ante los ojos atónitos de Alan Dawson, como si se desintegraran, haciéndose añicos, el profesor Kovac, sus elementos electrónicos. Su laboratorio en pleno se vino abajo, con estruendo, desapareció totalmente de sus ojos... y Alan se encontró solo, en medio de una estancia rectangular, de muros metálicos, totalmente cerrados y lisos. Por el techo penetró un chorro de cruda luz azul, que le bañó con intensidad.

Se debatió bajo aquel proyector deslumbrante, al tiempo que una risotada sonaba en sus oídos. Era la risa salvaje, áspera y violenta del profesor Laszlo Kovac, llegando de todos los rincones a la vez, con una vibración metálica, dura y chirriante.

—¡Se lo advertí, estúpido! —aulló triunfalmente el ahora invisible profesor—. ¡Toda la inteligencia de la SIP es muy poca para mí! ¡Está en mis manos, cogido en una ratonera de la que jamás saldrá... si no es muerto!

Y una nueva carcajada, larga y estremecedora, subrayó la espeluznante afirmación de Kovac, aquel ser asombroso que, momentos antes, se hiciera pedazos ante Alan, para borrar del todo la escena de la cámara, y emerger ahora, del vacío, su risa siniestra y sus amenazas de maniaco asesino...

CAPÍTULO II

LA CAUTIVA



ESPUÉS de los primeros momentos de desconcierto y estupor, la serenidad fue regresando a la mente de Alan Dawson, y su sangre recuperó la normal frialdad que era precisa en los momentos de grave riesgo, para encontrar una salida, por remota que fuese.

La voz de Kovac había dicho algo muy cierto: estaba en la ratonera y quizá por culpa suya. No debió confiar tanto en la aparente docilidad de Lothman, ni en dar por sentado que se hallaba con tan suma facilidad frente a un hombre de la clase de Laszlo Kovac.

Aquellos errores se pagaban caros. Y él lo había pagado entonces mismo. Nada más lejos de parecerse a un laboratorio o sala de experimentación, que aquel frío cubículo de acero, sin otra salida que la puerta deslizante. ¿Cómo pudo ver entonces al hombre del cabello gris leonino y la bata blanca, prodigiosamente evaporado ante él?

Avanzó hacia el muro del fondo y lo examinó atentamente. También cuidó de no pisotear los fragmentos vidriosos que yacían en tierra, como los de un ventanal destrozado... en una habitación sin ventanas ni abertura de ninguna clase.

El truco era simple y viejo. Acaso lo único nuevo fuese realmente el espejo no luminoso, utilizado para emitir la imagen televisada, en color natural, del auténtico profesor Kovac, ante los ojos de cualquiera que penetrase allí, creyendo que estaba en presencia del sabio.

La astuta disposición de luces, la imagen televisada eran en sí un prodigio de habilidad, para engañar al incauto. Al disparar Alan no logró otra cosa que romper el espejo donde se proyectaba la imagen. Un espejo sin luminosidad, para evitar que se advirtiese el engaño y que reproducía la imagen real con sus tonos, y sin fluorescencia delatora alguna. Un juego de niños para un ser como Laszlo Kovac.

Irritado, se volvió y empezó a pasear por la cámara igual que un león dentro de una pequeña y hermética jaula. Las rendijas, apenas visibles en el metal, tras la despedazada pantalla grande, mostraban el lugar por donde llegaron las ondas hertzianas y el sonido metálico, con la voz de Kovac, situado en otro lugar del edificio, acaso en aquella cuarta planta que Lothman dijera inexistente, más en el subsuelo.

Un agente especial de la SIP atrapado como un vulgar aficionado, se dijo con ira Alan Dawson. Menos mal que aún tenía la pistola térmica en sus manos y otras pequeñas armas secretas en sus ropas. Al sujeto que se acercase a él le sería difícil reducirle.

En el acto comprendió que también esta idea pecaba de ingenua. Jamás se acercarían a él Kovac u otros, arriesgándose a ser atacados. Tendrían un procedimiento para reducirle o para mantenerlo allí dentro, sin el menor peligro para ellos. Además... incluso era probable que lo dejaran morir allí, ignorado del mundo, en un sótano hermético y frío de Loch Manor,

Highlands, Escocia.

Furioso consigo mismo, enarboló su arma. Iba a intentar algo contra aquellos muros. Su pistola disponía de seis cargas o proyectiles todavía quizá suficientes.

Apuntó adonde sabía que se hallaba la puerta de salida. Disparó. La carga térmica, de sustancia comprimida en el proyectil, que al chocar con su blanco producía un calentamiento elevadísimo, hasta abrasar lo que tocara, a una temperatura de quinientos grados, provocó un chispazo cárdeno-rojizo en el muro de metal, y éste empezó a derretirse, con gruesos goterones de acero fundido, aunque muy tenuemente. Alan repitió el disparo. Un segundo zumbido y un segundo proyectil generador de calor estalló en la puerta blindada. La fusión fue ligeramente mayor...

Después de cinco disparos, Alan contempló desalentado el resultado de los mismos. Sudoroso, sintiendo que el calor provocado por las cargas permanecía en la estancia cerrada, al no tener vías de salida, comprobó que aquel metal, quizá con una aleación especial de algún metaloide marciano, más pasado y duro que los terrestres, no se movía un ápice. Una delgada lámina superficial se había derretido, formando en tierra un charco azul-gris. Pero nada más. Harían falta diez mil disparos para abrir allí un agujero.

Tampoco era aquel el medio. Kovac debía de estarse riendo aún, a pesar de que no llegaba su voz por los altavoces ocultos en los muros. Y él se comportaba como un chiquillo encerrado en un armario a causa de una estúpida travesura.

Enfundó su arma, tan perfectamente inútil como un paraguas, en aquel lugar hermético y superblindado. Se acomodó contra un muro y trató de reflexionar. Resultaba curioso que el haz de luz se moviera siempre en el techo hacia donde él iba, siguiéndole en sus pasos. No llegaba a desplazarse el origen de la luz, sino que el proyector, girando sobre sí mismo como un sistema de rodamiento a bola, iba más o menos oblicuamente adonde él fuese.

Empezaba a sentirse ligeramente fatigado, como soñoliento. Acaso era el efecto de la misma luz en sus párpados. O su mente, no sabía. No era una luz demasiado molesta, pese a su crudeza, pero tenía algo inexplicable...

Parpadeó dos veces. El sueño era ahora una sensación concreta, clara. Los párpados le pesaban toneladas. Todos sus miembros se hallaban flácidos... Estaba cansado, muy cansado...

De repente lo entendió todo. ¡Luz narcótica! Alzó los abotargados ojos y miró aquella centelleante claridad, graduada exactamente respecto a la frecuencia luminosa de sus propios ojos...

Trató de luchar. Todos los agentes de la SIP poseían una sólida y potente enseñanza nemotécnica y antihipnótica, que les permitía dominar su cerebro aun en las más difíciles circunstancias, impidiendo que un telépata pudiera leer en él, dominarle, dormirle o hipnotizarle en alguna de las formas

conocidas o previstas por la Ciencia.

Lo de ahora era diferente, absoluta, totalmente diferente. Experimentaba una torpeza mental propia del hombre que no ha dormido un solo minuto en doce o catorce días.

Trató de luchar. Nada más autodominar su poderosa mente, recordando con un titánico esfuerzo cerebral las enseñanzas recibidas en la Escuela Espacial de la SIP, la luz se graduó cambiando su frecuencia y aturdiéndole de nuevo.

Era imposible luchar. A mayor esfuerzo, mayor potencia hipnótica en la luz, que en su punto de origen producía unos parpadeos ligeros, monocordes, adaptados a su propio ritmo mental.

Parecía que aquel ojo luminoso leyese en él. Trató de eludirlo, recorrió los muros, dando vueltas y vueltas absurdas en torno a la celda cubicular. ¡Nada! El ojo le siguió por doquier. Cerró los ojos, jadeante. La luz penetraba en su cerebro, horadaba párpados y córnea, hería cruelmente en encéfalo.

No luchó más. Jadeó, vencido por un sopor agudo, terrible. Cayó de rodillas, golpeó con la frente en el muro, gimiendo algo entre sus labios, por los que goteaba el sudor hasta el metálico suelo y las crispadas manos del agente de la SIP.

Lo último que oyó, antes de sumirse en las negruras consoladoras de la inconsciencia fue una risa sibilante, lejana.

La risa del profesor Kovac, triunfante en el duelo con la SIP...

* * *

—¿Se encuentra mejor?

Alan Dawson parpadeó al oír aquella voz. Levantó ligeramente la cabeza, Se movió, en el lugar donde yacía, y trató de ver algo. La luz allí no era intensa ya. Se encontraba en un lugar de luminosidad tenue, verdosa, nada molesta. No era el duro suelo metálico lo que tocaba, sino una blanda, esponjosa superficie de espuma.

Y ante él... un rostro de mujer le contemplaba. Unas manos femeninas, suaves y frescas, acariciaban sus sienes con una rítmica dulzura confortante.

—Dios mío... —suspiró, no reconociendo su voz, ronca y dura—. ¿Qué es esto? ¿El Paraíso Terrenal, tal vez?

—No, no ha ido tan lejos —sonrió ella con dulzura—. Solamente ha cambiado de estancia. Pero se halla en el mismo lugar... y en las mismas condiciones.

Entonces lo recordó todo. Se levantó de un brinco y se sorprendió de no estar ligado al lugar donde yacía. Contempló a la muchacha de melena corta y negra, ojos profundos y oscuros, cálida expresión y roja boca carnosa, vestida con una bata blanca, similar a la del profesor Kovac, aunque más corta, permitiendo ver sus piernas, torneadas y esbeltas, enfundadas en media

plástica color plata.

—¿Prisionero? —preguntó roncamente Alan Dawson—. ¿Sigo prisionero?

—Eso es —afirmó ella—. Prisionero... del *Supercerebro*.

—¿El *Supercerebro*? —repitió sordamente—. ¿Luego... existe?

—Claro que existe. Usted mismo está aquí por eso, ¿no es cierto?

—Sí —Alan inclinó la cabeza, peinándose con los dedos un mechón rebelde de su cabello castaño y crespo que caía sobre su amplia frente. Entornó los metálicos ojos grises con aire calculador—. Estoy aquí por eso... pero siempre había alimentado la esperanza de que nuestros técnicos estuviesen en un error. Pero veo que no. Levigneux y Dubon no se equivocan nunca.

—¿Levigneux y Dubon? —ella enarcó sus cejas oscuras graciosamente—. ¿Quiénes son esos?

—Oh, nadie que usted conozca —jadeó Alan—. Amigos míos. Ellos me hablaron de un cerebro superior. Me aleccionaron contra él... y ya ve lo bien que aprendí sus lecciones. Soy un condenado idiota.

—No diga eso. Nadie puede luchar contra el *Supercerebro*.

—Imagino que no... o dejaría de ser superior —hizo una pausa. Se frotó los ojos y sienes para reaccionar, para pensar con mayor claridad. Luego clavó una mirada súbitamente recelosa en la bella muchacha—. Y usted ¿quién diablos es? ¿Qué hace aquí?

—Soy su guardiana, Dawson. La que ha de cuidar de que usted no escape.

—¿Usted? ¿Usted... mi guardiana? —estalló el joven Alan—. ¡Pero si creí... creí que era una prisionera como yo!

—Virtualmente, todo servidor del profesor es un prisionero. Incluso yo. Pero dentro de este forzoso encierro, me muevo con libertad. Soy un auxiliar principal, la doctora Ada Lorraine.

—¡Ada Lorraine! —Alan la contempló estupefacto—. La doctora que desapareció el año pasado en Cambridge!

—Eso es —ella sonrió tenuemente—. Sólo que entonces era rubia. Me teñía el cabello. Dejé de hacerlo, para resultar menos conocida. A veces voy al pueblo. En Greenville nadie me conoce como la doctora Lorraine. Para ellos, soy la señorita Ada. Nada más. Si alguien se interesa por mi nombre, les digo Ada Scott. Y parecen creerlo. Son gente sencilla.

—¿Saben que el profesor hace experimentos en su granja?

—¿Por qué han de ignorarlo? Lo que realmente ignoran... es que el profesor Kovac sea el *Supercerebro*.

—¿Y por qué me dice usted todo esto a mí? Suponga que escapo y...

—¿Escapar? —ella soltó una leve carcajada—. No sea ingenuo, Dawson. Nadie escapa de aquí. Nadie burla al *Supercerebro*.

—¿Qué es el *Supercerebro* exactamente? —casi gritó Dawson.

Ella apretó los labios, irguiéndose. Sus ojos se tornaron opacos.

—No puedo hablar, Dawson. Es una orden. No puedo hablar más. Ahora le traerán alimentos y lectura, todo cuanto precise para sentirse confortable.

—¿Igual que al condenado a muerte en la víspera de su ejecución? —bromeó lúgubrementemente Dawson.

—No creo que haya pensado en matarle... todavía —dijo ella serenamente—. De momento es nuestro huésped. Verá que tiene una estancia confortable. Y puertas, y ventanas. Pero no se haga demasiadas ilusiones.

—¿Por qué?

—Las puertas son infranqueables. Las ventanas, en realidad, no asoman a ningún paisaje real, sino a imágenes televisadas, que dan sensación de verismo, y combaten la claustrofobia... Si rompe los vidrios, se encontrará con un pequeño compartimento en cuyo fondo se proyecta el exterior, tal como es. Usted ya conoce el perfecto «sistema de televisión opaca» del profesor Kovac.

—Sí, lo conozco muy bien... —estaba palpándose las ropas. Torció el gesto—. Veo que me lo han quitado todo: armas, objetos, documentos...

—Todo, sí —sonrió ella fríamente—. Y también se ha leído su credencial tatuada en el pecho, con tinta invisible y perenne.

—¿Cómo supo...? —estalló Alan, atónito.

—El *Supercerebro* lo sabe todo, Alan Dawson... Absolutamente todo... Lo oye todo, lo ve todo... y su poder mental es tan ilimitado, que cuando la SIP haya podido imaginar hasta ahora es puramente superficial... Pronto, muy pronto, quizá mañana mismo... el *Supercerebro* estará desarrollado al máximo... ¡y los mundos temblarán!

Abandonó la cámara con esa extraña profecía, brillantes sus oscuros ojos. Pero ya en la puerta de la cámara, cuando iba a salir, se volvió a él. Y Alan Dawson leyó algo muy distinto en sus ojos, en su gesto contraído: Miedo.

Ada Lorraine estaba asustada, muy asustada. Pero incluso tenía pánico de revelarlo abiertamente...

Salió de la estancia, sin que ocurriera nada. Las puertas estaban abiertas. Alan no intentó siquiera seguirla. Sabía que sería inútil. Seguramente Ada llevaría consigo electrodos o algo similar, que le abriría camino por una barrera invisible electromagnética, contra la cual él sería impotente en aquellas circunstancias.

Siguió pensando en Ada Lorraine, la doctora desaparecida, auxiliar principal del profesor Kovac. Era su guardiana, era una colaboradora de Laszlo Kovac... y sin embargo. Alan Dawson estaba seguro de algo más. Era tan prisionera como él mismo, de su despiadado patrón.

Y lo que era más significativo, tenía miedo...

CAPÍTULO III

EL SUPERPODER



O eran Ada Lorraine ni Lothman quienes le servían los alimentos, revistas, libros e incluso le dotaron de un televisor de reducido tamaño, por el que podía seguir los programas habituales del exterior, y seguir así en contacto con el mundo que se hallaba tras los muros infranqueables de Loch Manor...

Un hombre silencioso, que jamás despegaba la boca y que respondía con signos a sus palabras era el encargado de todo. Fornido, atlético, dotado de un enorme desarrollo muscular, cráneo pelado, ojos estrechos y duros, faz abotargada, ancha y ruda... Vestía una bata blanca y Alan, instintivamente, pensó en un loquero. Su aspecto hubiera sido perfecto para cuidar de los furiosos en cualquier establecimiento psiquiátrico. Pero allí su presencia era un misterio. A veces le parecía ligeramente más delgado, para en el instante siguiente volver a presentársele fornido y ancho como siempre.

En otra de sus visitas Ada Lorraine le aclaró el supuesto misterio.

—No son “uno” solo, Dawson. Se trata de los gemelos Kuzner. Shaad es el

más fuerte y Lars el más delgado. Ambos son tan iguales que nadie puede advertir la diferencia. Además, los dos son mudos.

—¿Mudos?

—Sí. El profesor Kovac les cortó la lengua. Dice que el mejor servidor es el que no habla.

Alan Dawson se estremeció. Había escuchado cosas horribles, pero aquella superaba todo lo imaginado. La docilidad bestial de los gemelos Kuzner, dejándose mutilar por el diabólico sabio... resultaba espeluznante a cualquier ser normal. Ada Lorraine también era un ser normal. Incluso al citar algo que para ella era hartó conocido, Alan observó su leve escalofrío y la luz de aversión y de espanto que trillaba en el fondo de sus oscuras pupilas.

—Dios mío... ¿no se detiene ese hombre ante nada?

Ada meneó la cabeza negativamente. En vez de responder, se incorporó, estirando sus flexibles, bellas piernas, descubiertas por la corta falda y la breve bata blanca. Se acercó con paso grácil al televisor de mesa y lo conectó. Cuando se iluminó la pantalla, buscó el Canal 3.

Alan la veía actuar con cierta perplejidad. Se preguntaba qué pretendía ella con todo aquello. Pronto lo supo.

Un locutor daba las noticias del día; en la imagen coloreada del canal 6, con visualidad estereoscópica. Su voz llegó a Dawson, no como un simple eco de novedades e informaciones del mundo exterior, sino como el portavoz de la irremisible perdición mundial.

—...Las inundaciones provocadas en las zonas meridionales de Europa son realmente catastróficas. España, Italia y Grecia, especialmente, sufren enormes cataclismos marítimos, que asolarán sus costas en un área de muchas millas...

La mano diestra de la joven doctora giró el dial. En el Canal 7 apareció una locutora, leyendo también su boletín del día:

—... el hundimiento del puente de Manhattan, en Nueva York, según las últimas noticias, ha provocado ya un número incontable de víctimas. El tiempo es bueno en la ciudad, los expertos han examinado los restos del puente, y se reafirman en su convicción de que solamente una fuerza inexplicable, un algo que nadie se imagina lo que pueda ser, ha causado el cataclismo, lo mismo que tantas otras cosas sin explicación posible, en la actualidad. Recordemos cómo las reservas en "créditos" del Banco Nacional de los Estados Africanos han desaparecido misteriosamente, sin que nadie viera a persona alguna, y sí en cambio a un animal cuya presencia resulta inexplicable en África... Un tigre de Bengala, materializado en las oficinas del banco, como surgiendo de la nada, y que provocó el terror...

Cerró Ada el televisor. Se volvió lentamente a Dawson, con un suspiro de cansancio.

—¿Se da cuenta? —preguntó, tenue la voz.

—Sí —Alan tenía los ojos dilatados—. Es horrible... ¿Qué pretende decirme con eso?

—¿No lo adivina?

—No quisiera adivinarlo. Resulta espantoso... imaginar que nadie pueda tanto...

—“Él” lo puede... lo puede todo, Dawson...

El miedo y la angustia hacían temblar la voz de la joven doctora.

—Hecatombes meteorológicas... hundimiento de edificios o ciudades... robos fabulosos... materializaciones a distancia... “¡No puede ser posible!” —se rebeló Alan Dawson—. ¡No eran esos sus poderes cuando...!

—¿Cuando la SIP le envió a descubrir el origen de las radiaciones localizadas por sus técnicos? —Ada tuvo un gesto de amargura—. No, no eran esos los poderes del *Supercerebro*. Ahora... “sí lo son”. Le dije que aumentaría su fuerza, su poder. Lo está logrando. Casi lo ha logrado ya. Sólo que aún no se da por satisfecho. Quiere más... más...

—¿Y quién va a frenarlo?

—Nadie. Nadie puede hacer nada contra él. Usted lo sabe.

—La SIP me localizará, vendrá en mi busca... —argumentó Dawson agudamente—. Lo mismo que descubrí yo su refugio en Escocia, otros lo descubrirán...

—Pero entonces, “él” lo sabrá también. Se anticipará a las ideas de la SIP, más aún que en la ocasión en que usted llegó... porque su poder ahora es muchísimo mayor. No resolverá nada. ¡Absolutamente nada!

Desalentado, Alan dejó caer su cabeza. Permaneció reflexionando sobre el horror sugerido por Ada Lorraine, durante un largo espacio de tiempo, mientras ella pensativa tabaleaba con sus dedos ligeramente, sobre la superficie de la mesa.

Un poder así... un superpoder tan escalofriante ¿Quién podía frenarlo, quién ponerle coto? Seguirlo adelante, siempre adelante... hasta el fin. ¿Pero qué fin?

Iba a preguntárselo a Ada, cuando se mantuvo rígido, con el ceño fruncido. Algo había llegado a su mente. Era como aviso de urgencia. Sin saber por qué, había pensado en la frase. “Escuche, Dawson”. Meditó. Volvió a captarla. ¿Cómo?

De súbito lo advirtió. El tabaleo. Los dedos de Ada... Escuchó, sin moverse, pero asintiendo con la cabeza, sabiendo que ella le miraba. Leyó, traduciendo rápidamente, las palabras que ella emitía en Morse, con sus dedos. Decían:

“Escuche, Dawson. Es urgente. Mire a mis ojos. Parpadearé mensaje. Dios quiera que él no lo advierta. Escuche...”.

Alan la miró fijamente. Al mismo tiempo, empezó a hablar trivialmente, para que si alguien escuchaba, si tenían observadores, no advirtiesen lo que ocurría o entraran en sospechas.

Los bellos ojos de Ada parpadeaban intermitentes. Rápidos o lentos, según indicaran puntos o rayas. Utilizaba el lenguaje internacional de los observatorios y centros científicos. No le costó traducir rápidamente el mensaje:

“Voy a intentar ayudarle. Estoy asustada. Creo que podemos escapar usted y yo. Si hay suerte, lo lograremos. Hay hora en que el *Supercerebro* duerme. Entonces, esté alerta. Vendré a por usted. No puedo resistir más todo esto...”.

A su vez Alan afirmó con la cabeza. Ada se puso a charlar también, y Dawson, respondió brevemente con igual sistema.

—Sí, Ada. Dios la bendiga. Tenga cuidado. Suerte.

Ella sonrió. Poco después, se despedía como siempre, abandonando la confortable estancia. Alan Dawson se quedó pensativo, con la mirada fija en el vacío.

De súbito, en el más angustioso de los trances, cuando empezaba a conocer el superpoder que amenazaba al mundo, una luz de esperanza surgía ante él. Ya era algo.

Ahora sólo era preciso que Ada tuviera fortuna y valor. Mentalmente, elevó a Dios sus pensamientos.

* * *

Aquella noche se hizo interminable.

Alan sabía que era noche, porque las imágenes televisadas en el exterior de las ventanas artificiales, así se lo decía. No porque tuviera ninguna otra evidencia externa. Incluso el tiempo, los minutos, las horas, habían dejado de tener importancia para él, en aquel extraño cautiverio.

Se preguntó muchas veces, aspirando nerviosamente un cigarrillo, tendido en su lecho de espuma de aire —los cigarrillos tampoco escaseaban entre sus vituallas—, si el *Supercerebro* o sus siniestros servidores, no estarían alerta, esperando caer sobre la infortunada y valerosa joven, para aniquilarla...

Y como siempre que pensaba cosas así, surgía la interrogante angustiosa: ¿Qué era el *Supercerebro*.

Una interrogante sin respuesta... por el momento.

Esperó, agotando cigarrillos, nervioso y tenso, si no podía tomar iniciativa alguna, sino esperar a que ella obrase decisivamente, en uno u otro sentido. Ada Lorraine era una criatura de singular atractivo. Y de una gran agudeza mental. Su habilidad en llamarle la atención con un tableteo en Morse, para continuar por igual camino, pero sin sonidos, a base de simples parpadeos.

Así le había transmitido su esperanzador mensaje. Tal vez, después de todo, pudiera la joven doctora burlar al *Supercerebro*, y darle la libertad.

Hasta entonces todo había sido nebuloso: para la SIP, para él mismo. Las sospechas sobre el profesor centroeuropeo Laszlo Kovac habían sido simplemente eso: sospechas.

Mientras fumaba su enésimo cigarrillo, evocó lo sucedido hasta entonces. La forma en que la SIP había llegado a designarle para aquella extraña, inexplicable misión...

* * *

—Siéntate, muchacho. Y lee. Lee el informe de los “Chispas”. Acaba de llegar de nuestro Instituto de Estudios y Técnica Electrónica de París. Ante todo, debes conocer eso. Luego te contaré el resto.

Alan Dawson tomó de manos de Donald Callowan el documento. Las facciones fuertes, nobles, bajo el cabello casi blanco, expresaban firmeza, seguridad en sí mismo. Pero también un poco de preocupación. Y Callowan no se preocupaba por cualquier cosa. El hombre capaz de fundar y dirigir la “Spacial International Police” no sufría otras preocupaciones que las que realmente estaban plenamente justificadas por su propia gravedad.

El informe tenía el membrete del Instituto de Estudios y Técnica Electrónica de la SIP en París. La firma por duplicado correspondía a André Levigneux y Charles Dubon, los dos jóvenes franceses especializados en electrónica, conocidos familiarmente como los “Chispas”, por sus compañeros de la SIP.

Comenzó a leer:

Los extraños fenómenos acaecidos en Europa últimamente, tales como la aparición de monstruos marinos a los pescadores del Adriático, a los fajeros de África del Norte y a algunos navegantes de los fiordos nórdicos, han sido cuidadosamente investigados por personas especializadas que rechazan su auténtica existencia, su forma real y positiva. Las investigaciones sobre los lugares donde ocurrieron las supuestos apariciones son también del tipo negativo.

Por otro lado, recogemos informes fidedignos y concretos de que figuras aladeas y extrañas se vieron en gran número sobre Budapest, Berlín, Praga, Viena y Belgrado, recodando a míticos grifos o fantásticos dragones, completamente absurdos y teóricamente imposibles de existir hoy en día.

Ambas apariciones parecen en principio simples psicosis colectivas. Pero dadas las peculiaridades y diferentes idiosincrasias de los pueblos y razas que vieron los sucesos, la explicación no resultó verosímil.

Observadores y colegas nuestros, puestos en observación recientemente, nos ofrecen datos concretos de que tales “apariciones” no existieron en momento alguno. Pero la gente tuvo la impresión exacta de que “veía” aquello. Esto se explica por medio de un hipnotismo colectivo o de un truco

luminoso. Este último caso se desechó también, tras minucioso estudio. Nos queda, pues, el hipnotismo colectivo. Pero éste dista mucho de ser prácticamente posible, hasta el punto de crear sugerencias en pueblos y continentes enteros.

Nos hemos dedicado a estudiar atentamente el caso, desde un punto de vista fríamente científico, según instrucciones de la SIP, y hemos llegado a las conclusiones siguientes, que tienen carácter puramente provisional y de avance de un más detenido y minucioso estudio de los raros factores del caso:

a) Una energía no humana puede provocar una psicosis, hipnotismo o sugestión colectiva en miles de seres humanos de diferentes países y latitudes.

b) Esa fuerza o energía no humana puede ser magnética y proyectada por conductos electrónicos.

c) Lo mismo que las ondas hertzianas o la televisión llevan una imagen, “real”, a distancia, proyectándola sobre una pantalla receptora, la electrónica actual podría crear esas imágenes “irreales” sobre la enorme pantalla natural del mar o del cielo.

d) Pero en ambos casos el procedimiento electrónico es posible, si bien ignoramos la naturaleza de las radiaciones y su modo de emitirse. E incluso su potencia, que sería lógicamente enorme.

e) En el caso de que las imágenes sean reales en su origen o punto emisor, sólo ha de localizarse éste y la frecuencia y potencia de la emisión electromagnética.

f) Si esas imágenes no existen, y se logra “crear” su apariencia física en el aire o el mar, nos encontraríamos ante un terrible y poderoso ingenio electromagnético, capaz de crear el pánico en el mundo. Y quien llegase a tanto también podría llevar más lejos su invento.

g) Para contrarrestar la potencia y naturaleza de un ingenio que desconocemos por completo, nada se le ocurre a este Instituto por el momento.

h) Trabajamos activamente en el fenómeno. Podemos anticipar que, tras un examen de los lugares afectados por esas posibles visiones reales o no, hemos centrado el posible punto de origen, en un lugar equidistante casi por completo de todos ellos: Suiza. ¿No pueden proceder de ahí las emisiones electromagnéticas que asustan ahora a tantas gentes distintas?

i) Apuntamos a personas expertas en electromagnetismo, radicadas en Suiza durante los últimos cinco años: Paul Duffraigne, Lou Schneider, Greg Katolzmiller, Laszlo Kovac, Igor Zarov, Clem Ballow y Todd Riedman. Investiguen a todos ellos.

Terminamos nuestro informe. Imposible obtener nuevos datos. Nos reafirmamos en la seguridad de que tales monstruos, marinos, alados o terrestres, no existen. Pero una fuerza formidable ha creado esa ilusión. Puede ser el principio de algo peor.

Suerte, amigos. Seguiremos ayudándoos.

Firmado: André Levigneux y Charlas Dubon.

—¿Y bien, señor? —Alan Dawson suspiró, dejando el papel sobre la mesa de su jefe—. ¿Eso es todo lo que pueden decirle los “Chispas”?

Donald dijo:

—Sí, Dawson. Es todo. No he perdido tiempo. He ordenado a nuestros agentes en Suiza, Francia, Italia y Alemania, que investiguen en torno a esos hombres. De los siete, nos han quedado solamente tres: Lou Schneider, que sigue en Suiza; Laszlo Kovac, que se ha ausentado; y finalmente Todd Riedman, que ahora reside en Yugoslavia.

—¿Y ha resultado algo?

—Poca cosa. Todos ellos realizan experimentos en electrónica, más o menos legales. Dos de nuestros mejores hombres se cuidan ya de Schneider y de Riedman. Sólo nos falta vigilar de cerca a Laszlo Kovac, otro de los sospechosos. Tú te cuidarás de eso, Dawson.

—¿Yo? ¿Y dónde está Kovac?

—Nadie lo sabe —se encogió de hombros Callowan—. Según algunos, ha partido hacia Asia. Otros dicen que está en las Islas Británicas. Es preciso localizarle y averiguar si se dedica a experimentaciones ilegales, no declaradas al Control de Seguridad Científica. Ahora pueden ser simples trucos inofensivos, salvo en las complicaciones que una ola de terror puede provocar. Pero, como dicen los muchachos de París, eso puede ir a peor. Será mejor evitar que ocurran cosas así. ¿Entendida la misión, muchacho?

—Entendida, señor.

—Bien, Dawson. Eso es todo. Si hay nuevas noticias de París, te serán transmitidas —le tendió cordialmente la mano, dejando su cigarro en el cenicero—. Informa siempre del lugar donde te hallas. Suerte, muchacho.

—Gracias, señor. Procuraré tenerla...

* * *

Y la había tenido. Dio con el profesor Kovac en las Islas. Exactamente en Escocia. La búsqueda fue laboriosa y difícil, pero finalmente tuvo éxito, y Alan se sintió satisfecho.

El profesor Kovac, tras su marcha de Suiza —que había coincidido casualmente con el final de las extrañas visiones en mares y cielos—, tampoco se había cuidado de ocultar sus huellas. Alan siguió su pista hasta Glasgow con relativa facilidad. Luego, aunque le costó algo más, llegó a dar con Loch Manor, el refugio inhóspito y lúgubre del científico.

Dawson no podía olvidarse del mensaje que le esperaba en Glasgow, enviado urgentemente por Donald Callowan.

La nota del jefe supremo de la SIP rezaba, con rasgos fuertes y vivaces:

Adjunto último informe París. Adopte precauciones. Saludos: Callowan.

El informe llegaba en fotocopia. Era un breve mensaje de Levigneux y Dubon. Al leerlo, Dawson se estremeció. Pero le produjo la impresión de que esta vez los dos astutos franceses se pasaban de rosca y su nota era exagerada.

Sorprendente aumento criminalidad en Europa; y en todos los casos, el asesino termina entregándose y confesando que él no quiso hacerlo... pero “algo” le forzó a ello, le empujó decisivamente al crimen irreflexivo.

El hecho se repite de forma inexplicable en algunos animales dóciles, como perros, que han matado a dentelladas a personas a quienes hasta entonces estimaron, o caballos que patearon a sus amos o jinetes, tras derribarles. Posteriores comprobaciones han demostrado que animales y personas se hallan en perfectas condiciones físicas y mentales. Las versiones de los racionales —únicas con las que positivamente podemos contar— coinciden en señalar algo: siempre, una fuerza, superior, una voluntad ajena se metió en ellos, moviéndoles como marionetas.

En una sola persona, esto serviría de excusa o de justificación. En todas, significa que “puede ser cierto”. Y señalaría la existencia de un cerebro superior, capaz de influir en los demás decisivamente. O de una, “fuerza” que provoca el instinto homicida por hipnosis a distancia. Idéntico caso, con diferentes manifestaciones, al de las psicosis colectivas. Aseguraríamos que es lo mismo. Y se trata de la misma extraña y poderosa influencia. Pero se va agravando la cuestión. Quienquiera que lance esas emisiones electromagnéticas sobre los seres humanos... es ya un asesino.

Y, lo que es peor: Nos preguntamos: ¿se detendrá ahí? ¿De qué es capaz un cerebro superdotado, cuya potencia afecta así al mundo entero, dictando órdenes o haciendo ver lo que no es?

Un día, puede llegar a desarrollar de tal modo su fuerza magnética, que destruya y aniquile... “sólo con desearlo”.

* * *

—Sólo con desearlo...

Había susurrado la frase, evocando la carta de los jóvenes expertos en electrónica. Y ahora esa frase cobraba una fuerza estremecedora.

Todo resultaba terriblemente cierto. Había “algo”. Una fuerza, un ser, un superdotado mental, capaz ya, no sólo de provocar alucinaciones colectivas, auténtico principio experimental sin duda, sino de asesinar, ordenando a otros que mataran. Y ahora, capaz también de emitir ondas destructoras. Bastaba que el *Supercerebro* deseara que el puente de Manhattan se hundiese, para

que ello ocurriera. Bastaba elegir las costas meridionales de Europa como campo de devastación para el mar embravecido, para que el mar saliera de sus cauces naturales y las tierras fueran asoladas por las aguas.

Eso significaba que el poder ciclópeo de “aquello” que poseía el doctor Kovac, natural o artificial, creado o simplemente alimentado por medios inauditos, era infinito. Que las leyes naturales podían cambiarse, que el curso del mundo y de la vida misma, podían transmutarse al capricho del *Supercerebro*.

Y así, indefinidamente. Sin límites... sin fin...

Resultaba demasiado horrible para ser cierto. Pero “era” cierto.

¿Podría hacerse algo? Ahora, cuando él lo sabía ya, cuando estaba seguro de que Kovac era el culpable, el monstruo que estaba llevando a cabo su horrible experiencia, no podía hacer nada. Ni avisar a nadie, ni recurrir a persona alguna...

La única esperanza era Ada Lorraine. Pero ¿podría ella, sin recursos apenas, combatir el superpoder que domina Kovac?

La noche avanzaba inexorable. Ya era plena madrugada. Y nada había sucedido. De día todo sería mucho más difícil. Si ahora no sucedía... acaso no ocurriera nunca.

¿Qué sucedería entonces?

CAPÍTULO IV

FUGA



El sueño le venció a las cuatro menos cuarto de la mañana. Se quedó profundamente dormido, de su mano resbaló el cigarrillo encendido y cayó en el cenicero, consumiéndose allí lentamente y reduciéndose a cenizas.

Estaba hundido en su sopor, cuando unos pasos ligeros, tenues, se aproximaron, a él a través de la estancia. Una mano suave, tibia, se apoyó en su pecho.

Bruscamente sobresaltado, Alan Dawson se irguió en el lecho. La mano de Ada, rápida, subió a sus labios, ahogándole cualquier exclamación inoportuna. Pero el agente del SIP estaba sobre aviso, y no cometió imprudencias.

Contempló fijamente a Ada, que le miraba con atención. Los oscuros ojos de la bella joven, reflejaban viva tensión, una angustia latente que iba en aumento a medida que transcurrían los segundos.

—No hable. No diga nada —susurró. Apoyó un dedo en sus carnosos, jugosos labios.

—No perdamos tiempo. Él duerme...

—¿Él? —musitó Alan.

—Kovac, sí. Dormido Kovac, duerme el *Supercerebro*. Disponemos de algún tiempo. Poco... pero acaso suficiente.

—¿Poco? Kovac tendrá que dormir... como todos. Al menos unas horas, por pocas que sean. ¿Cuánto tiempo lleva dormido?

—Se durmió hace apenas cinco minutos. Dentro de una hora escasa, estará de nuevo en pie.

Alan preguntó:

—¿Es todo lo que duerme? ¡Eso resulta imposible para un cuerpo humano!

—Kovac ha encontrado la forma de dormir concentradamente. En una hora, mediante una poderosa droga, reposa su organismo lo equivalente a ocho o diez; horas de otro mortal cualquiera. Dice que quiere aprovechar su vida hasta el momento final, lo más posible.

—Y lo está logrando... por desgracia para el mundo. Está bien, Ada. La sigo. Guíe usted, porque yo desconozco esto. Supongo que, si nos descubren, nada ni nadie nos salvaría.

—A usted, no sé. A mí, nadie podría ayudarme. Kovac me haría matar en

el acto.

—Procuraremos que eso no ocurra. Si es preciso, Ada, lucharemos hasta morir. Todo, antes que caer de nuevo en este horror. ¿Está segura de que nadie nos oye?

—Segura. Los Kuzner, Lothman y Kovac, duermen ahora. Yo también tenía que dormir. Tomamos una droga, para que nadie vele cuando él duerme. Pero antes tomé una contradroga. No me hizo efecto. Por eso estoy aquí, Dawson. Vamos, no perdamos más tiempo.

Alan Dawson asintió, siguiendo lentamente a Ada. Ella avanzó y le tomó de una mano. Ya junto a la puerta de salida de aquella estancia y celda, avisó Alan:

—Ada, ¿cómo voy a cruzar ese umbral?

—Déjeme pasar primero a mí —pidió ella—. Luego lo hará usted.

Así se hizo. Ada pasó delante. Una vez al otro lado del umbral, se despojó rápidamente de un cinturón ancho, blanco, situado bajo su corta bata. Lo tendió a Alan, pasándolo a través del umbral.

—Tómelo rápidamente —avisó—. Y póngaselo. Ahí están los electrodos que provocan la ruptura de la barrera electrónica de esta puerta y otras. No hay repuestos. Habremos de hacer todos los intentos con mi cinturón los dos, como ahora hacemos.

—Si resulta, tanto da... —se ajustó el ancho cinturón, provisto de unos discos rojos a ambos lados—. En marcha, Ada. Voy a abandonar mi celda... y Dios quiera que no tenga que volver a ella jamás.

Salvó el umbral. No advirtió sino una leve sacudida, al cruzar el campo magnético invisible que constituía la más sólida de las puertas contra cualquier intento de una persona desprovista de electrodos negativos, que neutralizaran la corriente.

Devolvió el cinturón a Ada, que se lo ajustó, indicando en voz baja:

—Hay cuatro o cinco puertas en total. Repetiremos la maniobra en todas. Vaya alerta, Dawson. No produzca ni un ruido siquiera. Lothman tiene el sueño ligero. Y ése sí es leal a Kovac.

No se habló más. Todos los esfuerzos estaban dedicados a salir de aquella granja o hacienda rural, en Green Hill, Highlands, de apariencia simple y siniestro contenido.

Alan reconoció inmediatamente el corredor metálico por donde descendiera a la trampa. Se hallaban en el sótano. Cuando cruzaron frente al ascensor, sin utilizarlo, sus ojos se clavaron en el último, el cuarto botón. De buena gana hubiera bajado a esa planta inferior.

Estaba seguro de que allí encontraría a Kovac.

Y con él, su *Supercerebro*. Fuese lo que fuese...

Sin embargo, no podían perder el tiempo en eso. Ni correr un riesgo tan grave. Era mejor intentar la escapatoria de allí, tratar de huir lo más lejos posible, para lanzar la voz de alarma, el aviso decisivo al SIP...

Por una escalerilla metálica, angosta y empinada, llegaron a la planta superior, no sin intercambiarse cinturón de los electrodos hasta tres veces, por el camino.

—Ya estamos —suspiró Ada, deteniéndose ante la puerta de salida—. Ésta es la última de todas. Si no disponemos de un medio de locomoción, es posible que la fuga sea difícil. Nos perseguirán en cuanto adviertan la fuga. Y si es Kovac quien lo hace... cuanto más lejos nos hallemos, mejor. Esas ondas no pueden ser de igual potencia a distancia.

—A cualquier distancia bastarán para ponernos en apuros —avisó Alan—. Lo importante es salir de aquí, avisar a alguien... Luego, si uno perece, al menos se habrá advertido al mundo del peligro que corre, y el mundo reaccionará, intentará luchar... del modo que sea.

Ada afirmó con la cabeza. Se detuvo junto a la puerta. Pulsó un recorte y ésta se abrió lentamente. Tuvieron la salida franca, ante sí. Ella pasó sin dificultades. Una vez en el exterior, pisando ya el porche de columnas, le tendió de nuevo el cinturón. Se lo aplicó. Saltó luego el hueco. Se encontró fuera. ¡Libre!

Pero distaba mucho de estar todo hecho. Ante seres normales, aquello significaría un ochenta por ciento de posibilidades a favor. Ante el oculto y extraño poder de Laszlo Kovac, apenas si significaba nada.

—Primer paso —dijo roncamente—. ¡Ahora en marcha, Ada! Si tuviera todavía aquí mi vehículo... Debieron recogerlo sus amigos y ocultarlo.

La muchacha dijo:

—No podemos arriesgarnos a correr en pos de su coche ni de ningún otro, en esta hacienda. Sería muy peligroso. Es mejor correr. Si llegamos a las autopistas cercanas, cruzando los lagos y bosques, podemos encontrar un vehículo que nos lleve lejos de aquí...

—Ada, no se arriesgue usted más por mí —pidió Alan Dawson—. Deje que siga yo solo, por un lado, y hágalo usted por otro. Le daré un mensaje escrito por si puede hacerlo llegar a manos de las autoridades.

—No, Dawson, no haré eso. Le ayudaré cuanto esté en mi mano para...

Alan dijo:

—Escuche. Me ayuda mucho más si hace lo que le digo. Nuestras vidas no cuentan ya, después de todo. Si realmente Kovac es todo lo poderoso que dice usted, nos localizará y destruirá de algún modo. Pero separados, es posible que le cueste más. Y tenemos muchas más probabilidades de que uno u otro lleguen a un lugar donde poder transmitir por télex esa información.

—Eso sí es posible. Pero a pesar de todo... no sé. Me resisto a dejarle solo...

—Es necesario, compéndalo —miró fijamente a Ada Lorraine—. No le he preguntado nunca por qué está al lado de un monstruo como Kovac, de qué forma llegó a convertirse en su auxiliar. En realidad, todo eso me tiene sin cuidado. Lo que realmente me interesa es ver en usted a una muchacha leal y resuelta, que ha sacrificado todo por mí: un desconocido. Y ya que sabe lo que significa sacrificarse por una persona ajena, quiero que comprenda que ahora, nosotros dos hemos de ser los sacrificados, si es necesario. Pero a cambio de ello, el mundo debe saber la clase de amenaza que tiene encima: el *Supercerebro*, con todo su horrible significado. Si yo muero y usted se salvasa, es probable que nadie le prestara crédito. Ni siquiera en la SIP, que es donde más interesa que ello ocurra. Por eso quiero darle el mensaje escrito. Si llega a la SIP, si ve a Callowan o a otro cualquiera, muéstrele lo que yo le escribiré ahora. Ellos creerán entonces en usted, y todo será diferente.

—Está bien. Lo haremos así, si cree que es lo mejor, Dawson. ¿Cómo escribirá su mensaje?

Alan exclamó:

—No llevo papel alguno. Ni pluma u objeto para escribir. ¿Y usted?

—Un lápiz de mina metálica —observó Ada mostrándolo—. Pero tampoco hay papel.

—Bien; eso no importa —rápido, se arrancó de un tirón un bolsillo de parche, de su traje de tejido plastificado—. Esto servirá. Deme.

Tomó el lápiz y trazó rápidamente unas palabras sobre el bolsillo. Luego lo tendió a Ada. Ella leyó el texto:

Doctora Ada Lorraine me ayudó a huir de Loch Menor. Laszlo Kovac, autor de los sucesos actuales. Posee un Supercerebro cuya naturaleza ignoro aún. Es capaz de cuanto desee hacer. Sabe que le perseguimos. Se anticipa a pensamientos ajenos, aun a distancia. No sé si saldré vivo. Si no, espero que Ada llegue a su destino y pueda entregar este mensaje. Destruyan a Kovac. Es el medio de acabar con la terrible amenaza. —Alan Dawson.

—Procuraré que llegue a su destino, Dawson —prometió la joven serenamente, guardándose el texto en el seno—. Y ahora es el momento de huir. ¡A toda prisa!

—Ada, una pregunta aún —la miró fijamente, con obstinada atención—. Una vez más la pregunta que más me tortura: “¿Qué es el *Supercerebro*?”.

Ada, ya a punto de echar a correr en dirección opuesta a aquella en que Alan Dawson iba a lanzarse, se detuvo un instante. Sus ojos reflejaron una

vivísima sensación de angustia y de horror sin límites.

Luego dijo rápidamente con voz tensa, apenas sin entenderse:

—Una prolongación del propio cerebro de Kovac... Un genio terrible, capaz de desarrollar la propia mente, miles y miles de veces multiplicada su propia potencia... Algo espantoso, Dawson... utilizando la energía que proyecta todo cerebro humano al pensar... pero elevada a una potencia millares de veces superior a la normal, que le hace increíblemente poderoso... invencible de todo punto...

No aclaró más. Echó a correr, entre las zarzas y se alejó de Alan Dawson. Sólo se detuvo un instante, a alguna distancia de él, para susurrar:

—Alan, si todo va bien... espero verle en Glasgow dentro de dos días.

—Estaré allí, Ada... si Kovac no termina antes con todos nosotros, desde su horrible madriguera de esta colina —aseguró Alan, lanzándose él mismo ladera abajo, agazapado, y con la mayor rapidez que podían desarrollar sus piernas, flexibles y musculosas.

Mientras corría, se preguntó si sería aquella la última vez que vería a Ada Lorraine. Y la última vez también que podía manejarse por sí mismo, sentirse libre, capaz de luchar... aunque fuese contra algo que era imposible de derrotar.

* * *

Aquello era Greenville.

Apenas si distaba doscientos metros de donde él se hallaba. Las luces, en la neblinosa madrugada, aún sin luz del nuevo día, eran manchas lechosas, blancuzcas, entre las sólidas sombras de los edificios.

Como un pueblo de brujas, un rincón extraño y perdido, en un mundo también irreal, inquietante, al pie de Green Hill y frente a los pantanos y lagos que la niebla cubría viscosamente. Todo parecía formar parte de una pesadilla, desde la fuga de Loch Manor, hasta aquel final de la carrera, ladera abajo, en dirección al pueblo inmediato.

Alan Dawson avanzó unos pasos más. Pisó en falso, se le doblaron las rodillas al tropezar en unas raíces, y sepultó sus piernas en una charca. Salió dificultosamente de ella, con los pantalones enfangados.

Sin vacilaciones ahora siguió adelante, porque el terreno era más llano y firme. El pueblo se aproximó más y más... En sí mismo, no significaba nada. Allí seguía cerca del gran poder del *Supercerebro*. Pero al menos podía ser el umbral de la definitiva fuga. La escapada hacia la libertad real, lejos de Kovac y su siniestro ingenio.

Alcanzó la zona suburbana. Greenville era pequeño, un simple amasijo de edificios, formando calles desiguales, en un terreno ondulado y húmedo. Una calle más recta y amplia, formaba al mismo tiempo la carretera de la

población. Greenville era uno de esos lugares en los que el tiempo parecía haberse detenido. Pasado, presente y futuro no significaban nada para su ritmo de vida.

Caminó por entre las fachadas tradicionales, antiguas. Las más modernas databan de 1970. Estaban también anticuadas. Pero al lado de otras reliquias de mucha más edad sobre sus muros parecían ultramodernas.

Alan Dawson se detuvo en la esquina de la calle principal de Greenville. Clavó sus ojos en un vehículo aparcado junto a un porche. Era un turbomóvil vulgar de color gris.

Estaba aparcado hacía algún tiempo. Lo denotaban las gotas de humedad que perlaban su carrocería aguda y esbelta. Dawson no pudo contener una sonrisa.

Resultaba una auténtica ironía que él, agente Especial de la SIP, y por ello representante de la ley, tuviera que cometer un delito para que su misión siguiera adelante. Pero justamente eso era lo que iba a hacer.

Ya no pensaba en sí mismo, sino en los demás seres humanos, en el resto del mundo, sometido a la voluntad fabulosa de un *Supercerebro*, si nunca llegaba a conocerse la fantástica verdad de Laszlo Kovac y su prodigio artificial. Porque sólo artificialmente podía centuplicarse, hasta el paroxismo, la potencia mental de un individuo.

Su vida no contaba ahora. Tampoco la de Ada Lorraine, a pesar de su sacrificio. Posiblemente ellos serían unos héroes inmolados por el esfuerzo en pos de la victoria de la ley y de la justicia en el mundo. Lo terrible era pensar si no resultaría después de todo un esfuerzo estéril.

Subió sin vacilar al vehículo. Sabía cómo cubrir las portezuelas, incluso aunque estuviesen aseguradas. Esto constituía una de las múltiples enseñanzas de la Escuela Espacial de Washington, a quienes aspiraban a convertirse en agentes de la SIP.

Puso en funcionamiento las turbinas, y arrancó suavemente sobre el suelo enfangado por la humedad ambiental. Ojalá Ada Lorraine hubiera llegado a una estafeta donde depositar el télex.

Se alejó de Greenville. En el vehículo había teléfono radial. Alzó el auricular y trató de llamar. No sabía adonde. Pero tenía que llamar a alguna parte, adonde fuera posible hacerlo, para que desde allí transmitieran la llamada a la SIP.

—Aquí Londres —respondió la voz de un operador, cuando Alan Dawson marcó en el dial telefónico del turbomóvil la cifra clave correspondiente a la central telefónica de la capital británica—. ¿Llamada, por favor? Cite llamada...

—Llamen a la SIP. Llamen a la oficina londinense de la Spatial International Police... Aquí Alan Dawson, agente de la SIP en misión

especial... Urgente... Muy urgente...

La voz dijo:

—No se retire. Llama Alan Dawson a la SIP. ¿Desde dónde?

—Turbomóvil robado, junto Greenville, Highlands (Escocia) —informó Alan—. Agente Dawson llamando a la SIP con urgencia...

—Establezco conexión. Es un momento...

Dawson asintió. En aquellos mismos instantes sucedió algo que no esperaba. Algo que nadie podía esperar...

La ruta era llana, sin curvas ni pendientes. Sin embargo, de súbito, el turbomóvil se paró en seco, no respondiendo a los frenos de Alan Dawson. Patinó sobre el asfalto mojado y empezó a dar tumbos. Se volcó con un grito sordo de Alan.

No había razón para detenerse, para patinar, y mucho menos para dar tumbos. Alan tuvo conciencia en aquel fugaz instante de que una mano superior, implacable, aferraba al turbomóvil, estrujándolo con ira y lanzándolo luego por tierra despectivamente.

Trató de evitarlo, luchó con los mandos. Todo inútil. Era como luchar contra un ciclón. El turbo-móvil volcó, y dando vueltas sobre sí mismo, fue hacia la cuneta de la carretera. Alan Dawson seguía dentro, debatiéndose en vano con lo que le aprisionaba. El turbomóvil se sepultó con sordo chapoteo en el barro, al pie de la cuneta. Engulló el vehículo y al ocupante, con un gorgoteo siniestro. Alan Dawson no pudo salir de él.

Antes de hundirse en la charca mortífera, pensó que aquel era el fin irremediable.

Y sabía quién tuvo la culpa. No era un accidente, ni un fallo o un error. No era absolutamente nada de eso.

Sencillamente, había sido el *Supercerebro*...

La voz seguía sonando en el teléfono, demandando al comunícate para su llamada con Londres. Pero pronto la voz telefónica también se ahogó. El agua fangosa, densa, lo engulló todo.

Con unas burbujas, se terminó el drama. Alan Dawson no salió más...

El *Supercerebro* había descargado su golpe una vez más..

CAPÍTULO V

SIP EN ACCIÓN



ONALD CALLOWAN arrugó el ceño. Irritado, aplastó su cigarro en el cenicero, y se quedó contemplando a Ada Lorraine, que permanecía erguida ante él, con expresión tensa y anhelante. Después, con una fuerte inspiración, masculló entre dientes:

—Su esfuerzo ha resultado estéril, después de todo, doctora Lorraine —dijo lentamente—. Alan Dawson no ha regresado. Es posible que no regrese ya jamás...

Ada bajó los ojos a tierra. No hizo comentario alguno. Pero un estremecimiento recorrió su ser, sin que pasara inadvertido para la agudeza de Callowan.

—Hemos esperado estos tres días, por si sucedía algo. Desgraciadamente, nada permite contar en que Alan Dawson viva. De otro modo, él hubiera dado

señales de existencia. Y ya sabemos que Kovac desapareció de Loch Manor, con sus servidores y útiles científicos y de toda especie. Nadie sabe dónde estará ahora...

—¿Pero cabe una esperanza aún? —musitó Ada.

—Cabe... mientras no tengamos su cuerpo o no se encuentren huellas de un desastre. Sin embargo, señorita Lorraine, usted parece conocer mejor que nadie las terribles circunstancias por las que estamos atravesando. Lo que en principio fue solamente una sospecha, una mera teoría de la SIP, se ha convertido en atroz certidumbre. Hay un loco, un hombre capaz de aniquilar a quienes desee, de cometer los más terribles y colectivos asesinatos o hecatombes, sin nada ni nadie que le frene. En esas condiciones, ¿qué puede significar un hombre, un simple ser humano, que para él es como un pigmeo, en una lucha tan desigual?

—Yo soy mujer, señor. Y me he salvado. A él pudo ocurrirle igual.

Donald Callowan suspiró y se puso en pie. Con las manos cruzadas a la espalda, caminó hasta el ventanal. Una vez ante él, se detuvo contemplando la belleza urbana de Washington con total indiferencia, bien ajeno a cuanto sus pupilas podían examinar en aquel momento.

Sin volverse a Ada Lorraine, susurró lentamente:

—Mi querida doctora Lorraine, usted es una mujer de ciencia. Por tanto, no me enfrento a una dama sensiblera, que estalle en llanto o se asuste de una verdad clara y dura, ¿no es cierto?

—Pues sí, señor. Es cierto. No soy de esa clase de mujeres. ¿Adónde pretende llegar con eso?

—A un punto nada agradable —giró en redondo, encarándose con ella. Los ojos de Callowan se mantenían inexpresivos, helados—. ¿Por qué cree usted que aún sigue vivo?

—No... sé. Imagino que porque Kovac no se ha querido ocupar aún de mí.

—Exactamente. No ha querido ocuparse de usted. ¿Y sabe por qué?

—No acierto a imaginarlo. Acaso carezca de importancia real...

—Es posible que para él no tenga usted mucha más importancia que el resto de los mortales. Pero fue su auxiliar, ¿no es cierto? La persona que colaboró con el profesor Kovac en crear un ingenio supercerebral, ¿verdad?

—Sí...

—Ahora, horrorizada del punto adonde ha llegado Kovac, adonde quería ir, usted ha desertado. Y no sólo eso. Le ha traicionado. Permitiendo escapar a Alan Dawson, ha revelado con ello su refugio y sus proyectos y poderes. Si realmente existe ese *Supercerebro*, nada más fácil que obtener terrible venganza de usted. Ello, al no ocurrir, solamente revela una cosa. Y no muy confortable, por cierto.

—¿Cuál, señor Callowan?

—Que Kovac espera vengarse de usted. Y le reserva algo especial, algo que pueda satisfacer su odio hacia la que le ha traicionado...

Ada se estremeció de nuevo. Pero sostuvo valerosamente el impacto. Tras un silencio, se irguió.

—Es posible que tenga usted razón —admitió—. Entra dentro del modo de ser de Kovac... sobre todo, después de poseer el *Supercerebro*. Sin embargo, no le temo. Que haga lo que quiera conmigo. Nunca me arrepentiré de hacer lo que hice.

—¿Por amor a la justicia, señorita Lorraine... o por amor a un hombre?

Pareció sorprendida de la pregunta súbita de Callowan. Se encontró con la aguda mirada del jefe supremo de la SIP. Vaciló, antes de confesar valerosamente:

—Creo, señor Callowan, que en una mujer es siempre superior el amor a un hombre que la fidelidad a una justicia o a una ley... ¿Responde eso a su pregunta?

—Bastante bien, gracias —Callowan se encogió de hombros lentamente—. Después de todo, Dawson es un muchacho muy arrogante, muy inteligente... y usted es también muy bella... Hay cosas que están por encima del tiempo y de las épocas, por diferentes que éstas sean. Tal vez debamos dar por ello gracias a Dios...

Ada Lorraine no respondió. Sus ojos permanecían contemplando el vacío, acaso en pos de cosas que ni siquiera estaban ante sí. Callowan, tras una pausa, preguntó de pronto:

—¿Qué es el *Supercerebro*, doctora Lorraine?

Ella respiró profundamente, antes de responder.

Cuando lo hizo, fue con voz sorda, casi asustada de lo que iba a revelar:

—El *Supercerebro*... Alan no llegó a saberlo concretamente. No hubo ocasión ni tiempo para ello... pero usted lo sabrá, señor Callowan. Y con usted, el mundo entero... si eso sirve ya de algo.

—¿De modo que va a referirme qué es ese *Supercerebro*, concretamente? ¿Está dispuesta a romper el silencio en torno al ingenio demoníaco de Laszlo Kovac?

—Sí... Creo que es lo mejor. Si debo morir aniquilada por él, todo es igual ya. La traición está consumada. De modo que no puedo albergar esperanzas, como usted ha dicho.

—De todos modos, tal vez yo no esté en lo cierto. Si prefiere guardar silencio, aunque con ello cause un terrible mal al mundo, yo no puedo forzarla. Bastante hizo con intentar salvar a Dawson y con venir personalmente para entregarnos ese mensaje, desde Escocia a Washington...

—A pesar de todo, señor Callowan, le referiré lo que es el *Supercerebro*. Escúcheme...

* * *

—Está científicamente comprobado que la mente humana, durante el simple proceso de pensar, emite energía. Una energía que los experimentos, e incluso las pruebas definitivas en telepatía, han demostrado que existe. Una energía que se manifiesta incluso en ese sencillo hecho de que, si deseamos realmente que alguien situado ante nosotros vuelva la cabeza, lo haga cuando mentalmente se lo ordenamos de un modo contundente y enérgico. Para ello, es natural que el sujeto, la persona que sugestiona u “ordena” mentalmente posea una gran potencia mental. Ese es el caso concreto de Laszlo Kovac, hombre que es, además, un eminente investigador de los más profundos misterios de la mente humana.

“Kovac empezó sus investigaciones y estudios en torno a la materia, por simple curiosidad o pasatiempo. Estoy seguro de que jamás imaginó el alcance real de sus pesquisas. Y que, de saberlo, hubiera dado marcha atrás con verdadero horror. Lo peor de todo es que Kovac, hoy en día, no es ya el mismo hombre que inició la investigación, sino un personaje desequilibrado, quizás un loco que no mide ya la magnitud de sus actos y de sus designios.

“Pero entonces, repito, hizo simplemente una labor experimental. Su eterna preocupación por la mente humana culminó en un esfuerzo por comprender, por analizar, los más hondos secretos del cerebro del hombre. Ahí estuvo su gran acierto y a la vez su gran error.

“Porque, desgraciadamente, Kovac acertó con la clave de la energía humana. Canalizó esa energía tremenda del cerebro, la aisló de otras manifestaciones psíquicas y mentales, y comprendió que podía incrementar ese poder de la mente, hasta límites asombrosos. Miles y miles de veces aumentada la energía que proyecta un cerebro normal cuando piensa, significa una fuerza, una corriente invisible pero poderosa, capaz de permitir que todo suceda.

“Las primeras pruebas eran, lógicamente, pura sugestión mental colectiva, simple alarde de lo que podía llegar a ser ese poder terrible. Jamás nadie imaginó cosa parecida al resultado final de los experimentos de Laszlo Kovac. Porque una mente de un poder miles de veces superior al normal puede no sólo engañar a miles de seres con falsas visiones de cosas que no existen... sino crear un milagro científico, capaz de hacer que lo imposible sea posible, capaz de alterar las leyes todas de la Naturaleza y del Hombre, convirtiendo a quién domine esa energía en un auténtico dominador de las cosas terrenas.

“Kovac se dio cuenta de ello bien pronto. En cuanto pudo aterrorizar a pueblos y continentes enteros, sólo con desear que surgieran visiones espantosas ante las gentes, comprendió que tenía la más colosal arma de todos los tiempos en su mano. Faltaba aumentar más aún ese poder cerebral, crecer

la energía que emite el cerebro humano, hasta límites tales que un simple deseo, una voluntad propia crease no ya alucinaciones, sino hechos ciertos. Ese poder mental, concentrado en un deseo de destrucción, de muerte o de ambición, es capaz de hacerse realidad. Así, hecatombes, inundaciones, terremotos, cuanto desee el *Supercerebro*, como si de un dios mitológico se tratase, se transforma en lo que esa supermente exige.

Ada siguió:

“Sus primeros intentos fueron en pos de un casco electrónico, aplicado a su cabeza, que captara y recogiese esa energía centuplicada. Pero todos los intentos fallaron. La energía acumulada era levísima, y su proyección a distancia, por ello mismo, totalmente insuficiente. Cambió el rumbo de su investigación.

“Y encontró el “Ultra-generador”.

“El “Ultra-generador” es una enorme máquina, en casco gigantesco, como una campana de metal y plástico, en cuyo interior se mete Kovac, tendiéndose en su centro, y una vez aislado del exterior, dentro de la gran campana, se aplica a la mente un segundo casco esférico, con electrodos a sus sienes y frente, que absorben y multiplican su energía mental, pasándola al “Ultra-generador”, donde se transforma en una fuerza ingente, proyectada adonde el hombre que yace dentro de la campana desea.

“Entonces cada pensamiento suyo es una descarga virulenta de fuerza, de energía demoledora o creadora, según su deseo. El generador, actuando como un colosal cerebro electrónico, dispara a distancia sus pensamientos, los hace posibles... y ya tenemos al superhombre en marcha. Un superhombre que, por irónico contraste, no puede moverse del interior de la máquina, en tanto ésta emite la potente onda supermental, porque un gesto, un movimiento brusco, quebraría la corriente magnética, y ésta es muy delicada, en el generador.

“Sólo la mente, concentrada en la labor de pensar, de pensar y más pensar, actúa durante el lapso de quietud. Toda la energía física se concentra en la mente, y ésta a su vez la proyecta al generador, que lanza un auténtico rayo de poder a distancia. Es la fuerza física y mental de un millón de hombres, concentrado en un solo impacto mental. ¿Comprende ahora la destrucción de puentes y edificios, los robos audaces e imposibles, las hecatombes marítimas o terrestres? Para él la distancia, el volumen y la lógica de las cosas no significan nada... ¡Está a punto de convertirse en el amo del mundo!

“Ahora ya sabe lo que es el *Supercerebro*. Una enorme máquina en cuyo interior se mete Kovac, para emitir sus pensamientos. Un lecho y celda a la vez, que, por contraste, es al mismo tiempo un manantial de poder y energía sin límites, un ingenio electrónico, auténtica prolongación de la mente humana, pero a escala infinitamente superior. Desde ella Kovac es hoy el auténtico dominador de todos nosotros.

“Mientras esa máquina no sea destruida, no será posible vencerle.

Desprovisto su *Supercerebro*, Kovac queda reducido a la total impotencia, pasa a ser un hombre como otro cualquiera. Pero ¿quién podrá hacer tal cosa? Se ha marchado de la granja de Green Hill, donde tenía su monstruoso mecanismo. Ahora ignorarnos dónde puede estar, e incluso lo que es capaz de hacer, cuando la energía mental sea mayor, ya que él no se detiene en su afán de aumentar más y más su poder.

“Laszlo Kovac sigue con vida en alguna parte. Sigue siendo dueño del ingenio más terrible que pudo crearse jamás. Y su objetivo es uno: dominar el mundo.

“¿Podrá alguien derrotar al *Supercerebro*?”.

* * *

—¿Podrá alguien derrotar al *Supercerebro*?

Era Donald Callowan quien, como un eco de la pregunta que cerraba el relato de Ada Lorraine, pronunciaba aquellas palabras con una lentitud fatalista, apagada, casi cuajada de pesimismo.

Ada le contempló, sin decir nada. Esperaba que dijera algo más. Pero Callowan, en vez de eso, se dirigió a su mesa, pulsó el interfono y pidió:

—Comunicación con el Instituto de Estudios y Técnica Electrónica de París. Es urgente, por favor...

Alzó la cabeza, cruzó una mirada tensa con Ada, y manifestó:

—Vamos a iniciar una lucha a muerte contra el *Supercerebro*, doctora Lorraine. Veremos si vence él... o nosotros.

—Cuidado, señor Callowan —avisó ella—. ¿No teme que Kovac llegue a enterarse... y ponga sus propios medios para impedirlo?

—Es un riesgo que corremos en todo momento. Pero de algo estoy seguro. Ese monstruo podrá hacer daño a cualquiera, podrá destruirme a mí, si lo desea. Sin embargo, dudo que sea capaz de hacer algún daño a mis expertos en electrónica.

Ada preguntó:

—¿Por qué puede estar tan seguro de eso?

—Es evidente que su ingenio es electrónico, y electrónicamente emite también su onda mental. Así lo habíamos sospechado ya, por los primeros síntomas. Tenemos unos chicos muy listos en París. Ellos han inmunizado ya su Departamento, contra cualquier ataque electrónico del exterior. Los pensamientos de Kovac, por poderosos que sean, no podrán traspasar la barrera antielectrónica dispuesta en torno al edificio. Chocarán ahí, sin llegar a ellos, estoy seguro.

—¿Cree que el procedimiento dará resultado? —preguntó ella excitada.

—Seguro que sí.

—En ese caso, tiene ya el arma en sus manos. Con una barrera así, no le será difícil impedir que Kovac continúe siendo una amenaza...

—No es tan sencillo. Una barrera electrónica puede establecerse en torno a un determinado lugar que posea medios apropiados para ello. Pero eso no puede extenderse a todas partes, usted lo sabe...

—¿No cree que pueda llegar a conseguir algo así, con el apoyo de las potencias unidas en la Federación Mundial?

—Tal vez llegara a conseguirse, pero eso llevaría años de completar. Para entonces es posible que no fuéramos ya capaces de nada, ni mereciera la pena seguir luchando. Lo que se haya de hacer, será rápido. Y seguro.

—¿Lo cree factible?

—No. Pero a pesar de ello, debemos intentarlo. Se combatirá. Desde ahora mismo, doctora Lorraine... ¿Usted qué resuelve?

Ada irguió la cabeza. Serenamente, clavó sus ojos en Callowan. La respuesta fue breve y precisa:

—Lucharé, señor... Junto a la SIP, naturalmente...

Donald Callowan suspiró a flor de labio. Pareció quitarse un peso de encima.

—Gracias, doctora. Creo que usted nos puede ser útil... El más útil adversario de Laszlo Kovac, el *Supercerebro*...

* * *

—Es inútil —declaró Charles Dubon, pasándose los dedos por sus rubios cabellos, con aire contrariado—. Esta vez no resultará tan sencillo ni mucho menos. El enemigo adoptó sus precauciones...

—¿Quieres decir con eso que no pueden fijar el auténtico epicentro de los sucesos últimos, como sucedió en el caso primitivo?

—Eso es. Las cosas han ocurrido en lugares dispares y contradictorios. Según eso, tendríamos cuatro, cinco, hasta diez puntos centrales de donde pudiera partir la onda electrónica ultramagnética, que provoca los desastres. Y esos puntos no estarían tampoco inmediatos, sino dispersos por el mundo. Por ejemplo, uno podemos tomarlo en Centroáfrica, otro en Groenlandia, otro en Panamá y uno más en Rusia. Éstos, a título de ejemplo, pero tenemos muchos más, tan dispares como esos.

—Entiendo —Rob Lyndon paseó, pensativo, por el despacho que poseía en el Instituto de Estudios y Técnica Electrónica de París el joven Dubon, como si fuese así dirigiendo la noticia—. Oscuridad total. ¿Y a empezar por dónde?

Dubon se encogió de hombros. Recogió todos los informes, cerrándolos en la carpeta correspondiente, y tras un suspiro de contrariedad, observó:

—Las primeras experiencias de Kovac fueron sin duda imperfectas. Ahora ha mejorado su procedimiento. Lo cual, viniendo de un *supercerebro*, no puede sorprendernos demasiado. Tiene la obligación de pensar mucho más que todos nosotros. Mi compañero Levisneux está furioso, porque el problema se le resiste. Pero es lo mismo que nos ocurre a todos.

—¿Crees que ha aumentado el poder de la mente artificial de Kovac en estos últimos días?

—Es evidente que sí, Lyndon. No resulta aventurado predecir que ese cerebro monstruoso aumentará de poder constantemente, porque también la mente de su controlador se fuerza más y más, adquiriendo un autodomínio que, trasladado al generador de poder mental, alcanzaría cifras fabulosas de proporción muy en breve. Tenemos que destruir eso, Lyndon... Pero ¿cómo hacerlo, si ni siquiera sabemos dónde se esconde ahora Kovac?

—Cielos, buena tarea la mía —suspiró Lyndon—. Daría algo porque Alan Dawson volviera a la vida. Al menos, no me sentiría tan solo en un problema tan serio.

—Desgraciadamente, eso no puede arreglarse ya —declaró Dubon—. Todos apreciábamos a Dawson y en cuanto Callowan encuentre confirmación real de su muerte, en cuanto aparezca su cadáver o una parte de él, recurrirá al “Servicio de Ejecuciones”. Tú sabes lo que eso significa.

—Sí, lo sé muy bien —se estremeció Lyndon—. La orden es: matar a quien mató a un hombre de la SIP. Pero nada en este caso es vulgar. Todo tiene un aire extraño, anómalo. El enemigo, constituido por un viejo sabio y tres esbirros suyos sin personalidad, posee el más grande poder. ¿Cómo combatirlo, pues?

—Con sus mismas armas —Dubon se tocó la mente—. Cerebro.

Lyndon dijo:

—Él tiene miles de cerebros en uno solo. ¿Cómo vamos a derrotarle?

—Quizá por eso mismo —sonrió Dubon—. Piensa que el cerebro del hombre dista mucho de ser infalible. Comete errores, y si esa máquina o ingenio diabólico es capaz de multiplicar miles de veces el poder vulgar de un hombre, también es de prever que aumente en igual proporción los errores que todos padecemos, aun los más listos.

—¿He de esperar que cometa un error?

—Eso es. Tarde o temprano, eso ocurrirá. La labor es urgente, lo sé. Sin embargo, vale más ir tanteando el terreno, y procura por todos los medios autodominarte, de forma que tu mente no revele a nadie lo que piensas. Puedes hablar, decir intrascendencias, pero no revelar lo que eres y lo que has

de hacer. Aquí dentro, la capa antielectrónica, o barrera contra filtraciones mentales, te permite hablar, sincerarte. Pero no lo hagas fuera, o te descubrirá el *Supercerebro*.

—Voy con otra persona, para evitar pensar demasiado, y que la mnemotecnia llegue a fracasar en algún momento. He tomado también una droga que me impide pensar demasiado. Así, creo que la fuerza telepática del *Supercerebro* no me afectará, y lograré encontrar su refugio, sin revelar la identidad.

—¿Y quién es esa persona? —se interesó Dubon.

—Se trata de un miembro de la prensa, que me creará a su vez reportero de televisión estereoscópica, para que nada sospeche.

—Eso está mejor. Cuanto menos sepa tu compañero, menos peligro correrá. Ese compañero puede no ser tan sólido como tú, y revelar lo que piensa.

—Eso es justamente lo que han pensado en la SIP. Pero valdrá más que no le llames “mi compañero”.

—¿Por qué no? —se extrañó Charles Dubon, el técnico en electrónica, conocido por el “Chispa”, entre los hombres de la SIP.

—Porque es una mujer —rio Lyndon—. La reportera del World News, Hazel Dodds...

CAPÍTULO VI

TRAS LA PISTA



UÉ, amigo. ¿Dispuesto al gran reportaje del siglo?

Al tiempo de hablar, Hazel Dodds, del World News, guiñó un ojo alegremente a su compañero. Rob Lyndon sonrió ampliamente, golpeando con firmeza su pequeña cámara cinematográfica, colgada del hombro.

—Dispuesto a ello —asintió—. Pero dudo mucho que obtengamos material, señorita Dodds. Ni siquiera sabemos dónde buscarlo.

—Oiga, Lyndon, si me llama otra vez “señorita Dodds”, empezaré a enfadarme.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Todos los amigos me llaman Hazel. Usted no es aún mi amigo. Pero si vamos a ser compañeros, tendremos que ser también necesariamente un poco amigos. Será mejor que vaya llamándome Hazel. Y yo a usted Rob. ¿Está bien así?

—Claro. Si usted lo dice... —Lyndon rio, encogiéndose de hombros—. En marcha.

—En marcha, genio de la televisión —le pegó una fuerte palmada en los hombros—. ¿A qué emisora pertenece?

—A la International Chanel Noticias filmadas de última hora —informó Rob, que se tenía bien aprendido el papel. Y su mente, adiestrada en un autodomínio total, no dejó proyectar al exterior ningún otro pensamiento que contradijese esa información. Pensaba justamente lo que decía. Ni una sola idea más. Solamente un agente de la SIP, especializado en nemotecnia y control automental, era capaz de tal proeza. Añadió, mientras ponía en marcha el turbomóvil que compartía con Hazel Dodds, bajo el mágico rótulo fluorescente de “prensa y TV”—: ¿Experta en reportajes?

Ella pareció ofenderse. Irguió altivamente la cabeza pelirroja, indómita como toda ella, para responder:

—Especializada en la materia, Rob. Soy la número uno del World News.

¿O se cree que lleva una nulidad al lado, por el hecho de que sea mujer?

—Jamás pensé una cosa así. Hace muchos años que la mujer ha dejado de ser considerada como un ser inferior, útil sólo para actividades domésticas. No soy ningún retrógrado —sonrió Rob Lyndon de buen humor, conduciendo hacia las afueras de la ciudad.

—Menos mal —refunfuñó Hazel Dodds, hinchando su agresivo busto, ceñido por la blusa de plástico azul—. ¿Y ahora adónde vamos, Rob?

—Se trata de buscar material para informar sobre las actividades del *Supercerebro* de Laszlo Kovac, que amenaza al mundo. Reportajes y todo eso en los lugares donde ocurrió algún terrible cataclismo.

—Ya lo sé, hermano. ¿Por qué cree, si no, que estoy aquí? ¿Para ir de excursión?

Lyndon rio ante el temperamento belicoso y violento de Hazel, la linda pelirroja que iba a ser su compañera en aquella aventura supuestamente informativa.

—Bueno, no se enfade. Eso era a título de introducción. Tenemos que ir haciendo reportajes de cada lugar últimamente asolado por el poder mental de Kovac.

—¿Y el primer lugar es...?

—Tenemos cuatro, en especial, para recorrer... Pero, hay muchos más. Trataremos de enviar crónicas de los sucesos más impresionantes.

—¿No ha pensado que podríamos cubrirnos de gloria buscando el origen de esas radiaciones electrónicas o lo que sean? —apuntó Hazel de pronto, mordiendo pensativamente el gordezuelo, rojo labio inferior.

Rob Lyndon volvió la cabeza. No necesitó fingir sorpresa. La sentía en realidad.

—¿Cómo ha dicho? —inquirió—. ¿Está usted en sus cabales?

—Claro. Creo que un agente de la SIP logró eso hace algún tiempo.

—Eso he leído. Pero también leí algo más: ese agente desapareció, como tragado por la tierra. Nadie ha vuelto a oír hablar de él. Eso ya no resulta tan sugestivo ni le cubre a uno de gloria, ¿no cree? —opinó Rob secamente.

—Veo que no me ha correspondido precisamente un héroe —suspiró Hazel—. Está bien, hagamos lo que hacen todos. Limitémonos a fotografiar y describir horrores, sin preocuparnos de hallar las causas. ¿Eso le tranquiliza más?

—Sí, mucho más —comentó Rob—. Y vale más que no vuelva a pensar cosas así. No olvide que el *Supercerebro* puede llegar a todas partes, captar ideas y pensamientos y poner las medidas precisas contra sus adversarios, reales o en potencia.

—Creo que se fantasea mucho sobre eso —replicó la joven.

—¿No está convencida del tremendo poder de Kovac y de su ingenio?

—Sólo hasta cierto punto. Por muy potente que sea ese generador de energía mental, capaz de hacer posibles sus deseos más aniquiladores, no puedo aceptar que esté, a la vez, en todas las mentes, sino en las que le interese estar, leyendo sus pensamientos y neutralizándolos cuando ello sea preciso.

—No deja de tener su lógica ese razonamiento. Y nosotros, según usted, somos dos oscuros personajes que no interesan en absoluto al *Supercerebro*.

—Exactamente —rio ella, cruzándose de piernas frívolamente, con la vista clavada en el amplio panorama que permitía descubrir el parabrisas del turbomóvil, lanzado ahora a toda velocidad, a lo largo de la costa oriental norteamericana, hacia el Caribe—. Por mucho que deseemos hacer contra Laszlo Kovac y su fabuloso poder, ¿qué medios poseemos para ello? Ninguno. Eso lo sabe el *Supercerebro*, mejor quizá que nosotros mismos. Por tanto, no le interesamos en absoluto. No hay peligro, pues.

—¿Siempre está tan segura de sí misma como ahora, Hazel?

—Casi siempre. Y no me ha ido mal así. Si uno desea llegar a alguna parte en la vida, ante todo debe confiar en sí mismo y estar seguro de lo que dice, de lo que piensa, o de lo que hace. ¿Usted no es así, Rob?

—Yo ni siquiera sé cómo soy —gruñó el joven, encogiéndose de hombros, con la mirada fija en el rumbo que seguía, elevándose ahora sobre el nivel del terreno, al utilizar los elevadores del turbomóvil—. Y vivo feliz así...

Hazel comentó entre dientes algo muy poco favorable para Rob, que hizo sonreír a éste, y se retrepó en el asiento con un suspiro de decepción.

El turbomóvil siguió adelante, como una centella. Rumbo a América Central, donde unos terremotos, inexplicables desde el punto de vista científico y geológico, acusaban la presencia del horror lanzado sobre la Tierra por el siniestro Kovac y su escalofriante poder.

Era uno de los puntos elegidos por los dos periodistas para su serie de reportajes periodísticos y televisados.

Haití, Honduras y Costa Rica... Más tarde Brasil y Argentina, con sus inundaciones y maremotos... De allí, a Egipto y Palestina, con sus olas de calor y sus pestes... La India con una plaga aterradora de insectos voraces y de fiebres mortales...

Los países nórdicos, también asolados por fríos extremos, por azotes climatológicos, por aludes de nieve, hecatombes y siniestros inexplicables...

Un impresionante viaje de Rob Lyndon y de Hazel Dodds, que enviaban sus reportajes a Norteamérica, para ser emitidos por prensa y TV. Una historia

pavorosa de desolación, horror y muerte, que abarcaba los cinco continentes, de extremo a extremo...

Y el fin del viaje, en Green Hill, Highlands, Escocia...

* * *

Hazel preguntó:

—¿Para qué hemos venido aquí, Rob? No hay nada, absolutamente nada...

—Esto puede cerrar nuestro reportaje —explicó Rob Lyndon, fotografiando desde diversos ángulos la apariencia fría y desierta de Loch Manor, el lugar que fuera refugio siniestro de Laszlo Kovac y su ingenio atroz —... La antigua guarida del monstruo que inició la hecatombe mundial... y la pregunta pavorosa dirigida al mundo entero: ¿dónde estará ahora escondido? ¿Desde qué ignorado lugar de la Tierra se proyecta ese poder infernal contra los países y los pueblos? ¿Cuál es el paradero del *Supercerebro*?

Hazel Dodds contempló fijamente Loch Manor. Luego deslizó a su alrededor la mirada por los pantanos, lagos y bosque retorcido. Parecía impresionada por el lugar. Se estremeció ligeramente, a pesar de que nada sucedía allí, ni se apreciaba rastro alguno de ser viviente.

Venía de contemplar los mayores horrores. Sin embargo... aquello le asustaba más aún. Era como si allí estuvieran más cerca que nunca del *Supercerebro*. Como si el lugar donde aquel se alojó, ignorado del mundo, hasta el descubrimiento de Alan Dawson y la traición de la doctora Lorraine, tuviera aún en sí mismo la influencia siniestra de aquel horror...

—Podríamos visitar Loch Manor, ya que estamos aquí —observó Lyndon—. ¿Se siente con ánimos, Hazel?

La periodista no parecía realmente animosa. Pero jamás hubiera admitido ella tal cosa. Moviendo con enérgica afirmación su pelirroja cabeza, declaró:

—Yo siempre me siento con ánimos. No veo el interés de la noticia que podamos hallar en una casa deshabitada, pero vamos allá... Usted abre la marcha, hermano.

Rob soltó una risa divertida, y caminó, cámara en ristre, hacia la granja abandonada. Hazel Dodds le siguió algo contrariada.

La puerta del jardín estaba entreabierta. Avanzaron por los senderos de la finca, aproximándose a la casa de forma moderna y fría. Un sol turbio, borrado por las nubes que tamizaban el cielo, se reflejaba en las largas galerías encristaladas de la fachada.

—No se puede entrar —observó Rob, mostrando la puerta, herméticamente cerrada—. Nos conformaremos con tomar unas fotografías de la fachada. Después de todo, esto está tan vacío por dentro como por fuera...

Señaló el rótulo que se agitaba ligeramente, movido por el aire, frío y

húmedo, colgando en la pared del edificio:

“Se vende esta finca. Razón: John McGowan, Greenville”.

—Si los muros pudieran hablar... —suspiró Lyndon—. Si fueran capaces de revelar lo que se ha hablado o planeado dentro de ellos...

—Entonces no habría problemas —sonrió Hazel—. Porque nos contarían adónde fue a ocultarse Kovac, con sus mecanismos infernales. Demasiado sencillo. Además, es probable que entonces, el *Supercerebro* hubiera destruido esta finca, para que no revelase su secreto. De cualquier modo, aquí murió toda pista que pudiera llevar a la Ley hasta Kovac. Lástima que el agente de la SIP fracasara en su empeño...

—Eso no tiene ya remedio —dijo Lyndon—. Lo peor es no poder imaginar de qué modo terminará esto alguna vez... si es que termina. Un poder como el de ese cerebro electrónico, superior y gigantesco, resulta poco menos que ilimitado.

Los dos jóvenes se retiraron, después de que Hazel hizo sus apuntes, y Rob Lyndon captó unas imágenes filmadas de la hacienda. Mientras lo hacía, sus agudos ojos lo escrutaban todo, como buscando algo. Algo que juzgaba imposible de obtener, ya que no parecían haber quedado raseros visibles en Loch Manor, del paso de Kovac y el *Supercerebro*, por aquel lugar del norte de Escocia.

Después de todo, así lo había esperado. Pero era desconcertante la desaparición total de Kovac, que no aparecía por parte alguna, pese a la desesperada búsqueda de los hombres de la SIP e incluso de las Fuerzas Armadas de diversos países. Él había llegado a confiar en que encontraría algún chispazo de intuición, algún cabo suelto, dejado por Kovac en Loch Manor, que permitiera buscar con cierta seguridad la pista perdida del sabio centroeuropeo, creador y artífice del más demoníaco ingenio de la época.

Desalentado, se alejó. Loch Manor quedó atrás, cuando hubieron cruzado la verja. Descendieron por la ladera, hacia la ruta general que conducía a Greenville. Allí recogieron su vehículo y se lanzaron abiertamente por la carretera, de regreso a Glasgow.

No llevaban una marcha muy vertiginosa. Quizá por eso lo vieron.

Fue Hazel la que gritó, señalando hacia la charca fangosa, especie de pantano de reducidas dimensiones, que se extendía a lo largo de la cuneta, a su izquierda.

—¡Mire, Rob! ¡Deténgase! ¡Es un turbomóvil... flotando en el lodo!

Lyndon aplicó rápidamente los frenos a su vehículo. El turbomóvil patinó, inmovilizándose junto a la cuneta. Saltaron ambos a tierra y corrieron hacia el barro. Descendieron por la ladera, sin perder tiempo.

Una vez al borde del pantano, Rob declaró, con templando el vehículo:

—Parece que lleva tiempo ahí... Sin duda, ha reaparecido en la superficie tras algunos días sumergido en el fango. No creo que haya dentro nadie con vida.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Avisar a las autoridades —Rob se movió hacia el vehículo de nuevo—. Lo haremos urgentemente por teléfono, desde el coche. Por si acaso fuera preciso auxiliar a alguien que haya ahí dentro. Aunque no lo creo...

Desde el turbomóvil, telefoneó a las autoridades de Greenville. Tres minutos más tarde, llegaba una patrulla volante de policía escocesa, para iniciar el rescate del vehículo sumergido y de quien pudiera estar dentro...

—Esto tal vez no tenga nada que ver con Kovac, pero también es material aprovechable —opinó Hazel, haciendo rápidos apuntes del suceso—. ¿No va usted a filmar esto, Rob?

—Claro —Lyndon se echó el tomavistas a la cara y comenzó a filmar—. Casi me había olvidado de que hay otras noticias en el mundo, aparte las que se refieren al *Supercerebro*...

Hazel sonrió, sin comentar nada.

Cuando se hubo rescatado el vehículo, con ayuda de una grúa de la policía, se procedió a examinar su interior. La portezuela estaba cerrada, pero el cristal frontal del turbomóvil estaba destrozado, dejando hueco suficiente para que escapara un hombre por él.

—¡Miren! —dijo un policía escocés, señalando las aristas vidriosas del parabrisas roto—. Hay jirones de ropa en los cristales. El ocupante del vehículo salió sin duda por ahí, después de romper el vidrio. Será preciso sondear esa charca.

—¿Cree que a pesar de salir del vehículo, su ocupante no pudo emerger a flote? —interrogó Hazel pensativa.

—Es lo que pienso. Conozco estos sitios, señorita, y un hombre tendría que ser un titán para enfrentarse a ese fango blando y espeso, absorbente, con ciertas probabilidades de éxito. Estoy convencido de que hallaremos un cadáver ahí dentro...

* * *

Y lo hallaron.

El cuerpo estaba descompuesto ya. Sus ropas, rotas en jirones, coincidían con las del cristal frontal. Había sido un hombre joven, de cabello oscuro y rebelde. Atlético, fornido, y vistiendo buenas ropas de tejido plástico.

El policía escocés revisó los documentos de material impermeable e indestructible que aún permanecían en un bolsillo de las ropas del muerto. Rob Lyndon se aproximó, interesado, al policía. Éste no quería extenderse en

revelar informes a la prensa. Pero la pregunta de Rob fue sencilla:

—¿Quién era él? ¿Puedo informar de esto al público?

—Sí, de esto sí —asintió sombríamente el policía de Greenville—. Después de todo, oficiosamente se le había dado ya por muerto. Esto no es sino la confirmación de que todo sucedió conforme se temía... El hombre que intentó salvarse del interior de ese vehículo... era Alan Dawson, agente especial de la Spacial International Police.

Rob Lyndon no dijo nada. Se limitó a contemplar el cuerpo del muerto, casi totalmente cubierto de fango, que ahora trasladaban a una heliambulancia.

Todos esperaban ya eso, ciertamente, se dijo para sí. Pero no dejaba de ser doloroso ver el cadáver de un compañero, de un noble muchacho que, lo mismo que él ahora, luchó contra la injusticia y el crimen, bajo la bandera heroica de la SIP.

Una baja en el cuadro de héroes anónimos...

CAPÍTULO VII

LUCHANDO EN LA SOMBRA



ONALD CALLOWAN suspiró, cerrando el televisor.

La noticia de la muerte de Alan Dawson, en un pantano escocés, recorría todo el mundo. El hombre que estuvo más cerca de derrotar a Kovac y al *Supercerebro*, pero que fue vencido, había pasado a convertirse en el tema del día, en el nombre que todos tenían en sus labios.

Para el mundo, su muerte tenía el valor de un símbolo. Aquel muchacho, valeroso y desinteresado, había sido una víctima en la lucha por la Ley y el Orden, en el empeño de vencer al monstruo que lanzaba el azote de su inteligencia superior, al servicio de una maldad sin límites, contra el orbe entero.

Eso convencía a las gentes de que la SIP velaba por ellos. Pero también de que el poder de Kovac era ilimitado, y nada ni nadie podría impedir que destruyese, si así lo deseaba, a toda la raza humana. O, como mal menor, exigiera el acatamiento de todos los pueblos y naciones, de gobiernos y de ciudadanos, erigiéndose en único y todopoderoso amo del mundo.

Callowan se daba cuenta de la desmoralización que el difundir la noticia significaba para la gente que aún confiaba en ello, como salvaguarda de su época, en el terreno delictivo. Pero también era necesario revelar lo sucedido en Greenville. Eso confiaría al adversario, le haría creer que la SIP, derrotada, no proseguía la lucha.

Seguían luchando, sí. Pero en la sombra, calladamente. Sin revelar nada de sus esfuerzos al enemigo. La campana antielectrónica dispuesta por los “Chispas” de París, Levigneux y Dubon, había sido extendida también a la sede principal de la SIP, en Washington. Esto les aislaba de cualquier onda magnética de Kovac, ya que era indudable que el sabio utilizaba la electrónica en su desarrollo anómalo de la energía mental.

Era necesario encontrar a Kovac.

Callowan sabía que dentro del edificio de la SIP podía pensar, calcular planes contra el *Supercerebro*, sin temor a que sus solos pensamientos trascendieran y fueran captados por la energía mental superior de Laszlo Kovac, en su oculto refugio de alguna parte del mundo.

Pero en cuanto lo abandonaba volvía el hermetismo a su mente, encerraba sus pensamientos en un autocontrol, sólo posible por la gran preparación nemotécnica de la SIP, para que el enemigo fantástico no penetrara en su cerebro y en sus proyectos.

La doctora Ada Lorraine colaboraba con Dubon y Levigneux, o con las fuerzas de la SIP en Londres, indistintamente, viajando entre ambas ciudades, a fin de prestar su apoyo científico a la SIP; no sabía que Rob Lyndon, un

nuevo agente del Cuerpo, actuaba fingiéndose periodista. Callowan había considerado mejor no revelar a nadie el plan secreto, por si carecían de la suficiente habilidad para aislar sus pensamientos, y el enemigo leía en ellos cuanto formaba parte de sus conocimientos.

En cambio, Ada fue informada, por télex, del macabro hallazgo de Loch Manor. Ella tenía derecho a saber eso, puesto que luchó junto a Alan Dawson y trató de salvar en vano su vida. Era una noticia dolorosa, pero necesaria.

Callowan llevó la mano a su bolsillo. Extrajo un cigarrillo y lo encendió con parsimonia. Al aspirar el sabor de tabaco, torció el gesto, irritado.

No era uno de sus cigarros habituales. Como era frecuente en él, no experimentaba el menor deseo de saborear sus magníficos habanos, con aquel caso demoníaco y quizá trascendental, no sólo en su vida, sino en la de toda la Humanidad, sin resolverse aún, y cada vez más amenazador.

El hábito del jefe y fundador de la Spacial International Police de no fumar sus puros predilectos mientras no resolviera el problema que tuviese entre manos, acaso nunca había estado tan justificado como esta vez. Incluso los propios cigarrillos le sabían mal. Aplastó el que tenía en los labios, sin haberle dado apenas dos chupadas nerviosas.

—¡Diablos! —rezongó—. Creo que hasta aborreceré los alimentos que tomo, si esto sigue así. Es como golpear un muro de piedra con la cabeza. Siempre se estrella uno, sin el menor resultado...

Y el muro a que se refería era, naturalmente, el poder supremo, alucinante, del *Supercerebro* creado por Kovac.

Tenía muy pocas esperanzas de lograr algo positivo. Descolgó el visófono y pidió línea con París. Una vez obtenida, le pusieron en contacto con el Instituto de Estudios y Técnica Electrónica.

Levigneux estaba ocupado con un trabajo delicado, de suma urgencia. Fue Charles Dubon, el otro joven e inteligente “as” de la electrónica que servía a la SIP en tan trascendental rama del saber humano, en el siglo XXI, quien apareció en la pequeña pantalla televisora, al tiempo que su voz sonaba a través del hilo telefónico a ella conectado.

—¿Alguna novedad, Dubon? —preguntó Callowan con voz inquieta.

—Pocas, señor —declaró el rubio muchacho, de atractivas facciones, con una sonrisa serena reflejada por la pantalla fluorescente—. Pero las que hay son agradables.

—¿De veras? —rezongó Donald Callowan—. ¿Tú crees que quedan todavía noticias agradables por el mundo, hijo?

—Pocas, pero quedan —rio el muchacho—. Al menos, yo tengo algunas, señor. André y yo estamos trabajando activamente en un mecanismo antielectrónico, capaz de provocar una interferencia tal en la propagación de energía electrónica, que haga inútil durante un cierto tiempo, inevitablemente

breve, las radiaciones de energía del *Supercerebro*.

—¿Cuánto podría ser ese corto espacio de tiempo, Dubon? —se interesó Callowan.

—No sé. Depende de la potencia que seamos capaces de dar al aparato, sin provocar un desequilibrio total en la electrónica del mundo, que luego dejara nuestros sistemas más delicados e importantes en una total inutilidad.

—Entiendo. Pero si las cosas van mal dadas... no vaciles en destruir toda la energía electrónica del mundo, si ello fuera posible, Vale más eso que perecer o ser dominados por la supermentalidad de Laszlo Kovac. Ese hombre es un loco sin sentido de la medida, capaz de las mayores atrocidades. Seguramente desea llegar a la cúspide humana del poder... y aún más lejos. Y lo malo, es que puede llegar, si nosotros no ponemos coto a su juego infernal, de auténtico superhombre...

—Lo haremos... sólo en caso extremo, señor —respondió Dubon gravemente, ensombreciéndose su rostro, habitualmente risueño—. Usted sabe la magnitud que podría alcanzar un fallo en la electrónica universal, a causa del cortocircuito que crearía nuestra contraarma...

—Sí, lo sé. Por eso esperaremos a poner en acción ese sistema. Pero si llega el momento, Dubon; si yo doy la orden... ¡se debe utilizar sin vacilaciones! Partiendo, naturalmente, de la base de que logréis esa réplica al arma de Kovac.

—Sí; todo se sustenta sobre ese principio. Pero creo que lo obtendremos. Es cuestión de días, acaso de horas...

—Bien. Tenedme al corriente, muchachos. Creo que el disponer de un medio de lucha, aunque peligroso, nos dará fuerza. Y quizá merme la de Laszlo Kovac, nuestro mortal enemigo. Por otro lado, él sabe que, si un día le falla su cerebro superior, caerá sin remisión. Y pagará sus delitos en la Cámara Electrónica de los condenados a muerte. Se podrá decir que ha hallado su fin en su propio elemento. Pero eso aún es una esperanza tan sólo. ¡Quiero que sea una realidad, lo antes posible!

Colgó, nerviosamente. Ahora sí encendió otro cigarrillo y fumó con rapidez. Las noticias de Dubon le habían dado cierta moral. Incluso el tabaco le sabía mejor.

No duró mucho tiempo. El zumbador del interfono le sobresaltó. Se inclinó sobre la mesa y lo conectó, preguntando:

—¿Qué ocurre?

—Visita, señor —informó la secretaria de la antesala—. Estrictamente privada. Y muy urgente.

Estas palabras no las hubieran utilizado, de no ser una visita de excepción. Callowan solamente respondió lo que debía:

—Está bien. Espero. Hágame pasar.

Se acomodó en su butaca, sin apartar los ojos de la puerta. No imaginaba quién podía ser su visitante. Pero sí que era una personalidad excepcional. Ni nombre, ni razones para su presencia repentina en las oficinas generales de la SIP, en Washington.

La puerta se abrió. Callowan contempló al hombre erguido en el umbral. Le vio entrar en su oficina y cerrar tras de sí con sencillez. El jefe de la SIP se puso en pie, saludó respetuoso.

—A sus órdenes, señor —dijo con firmeza.

—Siéntese, Callowan —respondió la voz grave, profunda, de su visitante—. Ya comprenderá usted que algo grave ocurre, para que yo venga aquí.

—Es fácil de entenderlo así, señor. ¿Qué es lo que puede suceder para que el Presidente en persona entre en mi oficina, sin haberse hecho anunciar siquiera?

El Presidente suspiró. Luego, su voz tuvo un tono amargo y preocupado, cuando dio su respuesta:

—Lo que temíamos ha sucedido, Callowan... El ultimátum se ha recibido en las Naciones Unidas, en el Consejo Federal de Estados Mundiales, y en mi propia oficina del Capitolio: si no nos rendimos, si no declinamos el poder en él... todo será destruido... Firma Laszlo Kovac, el *Supercerebro*... Y tenemos veinticuatro horas de tiempo. De las que ya solamente quedan veintitrés. Hace una hora que el ultimátum de Kovac llegó a las Cancillerías de todo el mundo, Callowan...

* * *

—¿Qué tal va ese reportaje, Lyndon?

Rob Lyndon sonrió, volviéndose hacia la joven Hazel Dodds, que acababa de aparecer en la puerta de su laboratorio fotográfico, previamente alquilado para su fingida personalidad de reportero de televisión, en Nueva York.

—A punto de sacar la película revelada —declaró el joven—. ¿Y el suyo?

—Ya enviado al periódico —explicó ella—. Espero que signifique un buen éxito en nuestra carrera. Si es que eso merece la pena, tal como están las cosas...

Rob dijo:

—Un éxito profesional siempre merece la pena. ¿Quiere ver la película antes de que aparezca en las pantallas de televisión? Voy a proyectarla en cuanto esté lista, para ver si hay algo deficiente que suprimir. Estas cosas nunca se saben cómo quedan, hasta que se ven.

—Está bien. Me quedo. No tengo prisa por ir a ninguna parte —se desperezó la joven—. Supongo que tendrá una copa de algo confortable, para

esperar la exhibición.

—Claro que sí —rio él—. Siempre hay una copa. Sobre todo, para las muchachas bonitas...

Ella agradeció el piropo con una inclinación de su pelirroja cabeza, y no dijo nada. Rob sirvió las copas de licor. La espera fue breve. Veinte minutos después, la película salía del laboratorio, completamente seca gracias a las secadoras automáticas de estereofilms.

Situó la cámara automática de proyección frente a una reducida pantalla, puso en funcionamiento su mecanismo y apagó las luces directas. Comenzó la proyección ante los interesados ojos de los dos reporteros.

Haití, Honduras, Costa Rica, Buenos Aires, El Cairo, Palestina, Calcuta, Dinamarca, Noruega y Suecia, Escocia... Todo eso desfiló por la pantalla como antes lo hiciera ante sus ojos.

De nuevo el horror provocado por la voluntad del *Supercerebro* asomó ante ellos. Lo siguieron con vivo interés hasta el final en Loch Manor. La cámara captó el jardín sombrío, la fachada encristalada, el porche de columnas, la galería con largas vidrieras, el cielo gris, nuboso y triste, la bruma escocesa del norte...

De súbito Rob dio un grito y señaló hacia la pantalla. Hazel Dodds, con un respingo de sobresalto, se volvió asustada a mirarle.

—¡Rob! —exclamó—. ¿Qué es lo que ocurre?

—¡Mire ahí! —aulló Rob—. ¡Mire! ¿Ve lo mismo que yo?

—No veo nada —declaró Hazel, viendo ante sí las últimas imágenes de la película—. ¿Qué ocurría, Rob?

Febrilmente, sin responder, Rob Lyndon corrió a la proyectora, dio marcha atrás a la película y, cuando juzgó que estaba bien, la puso de nuevo en funcionamiento normal. Sorprendida, Hazel vio empezar de nuevo la secuencia final en Loch Manor.

—¡No aparte sus ojos de la pantalla! —avisó Rob, tenso—. ¡Fíjese bien en todo!

Se fijó bien. De repente, se incorporó con violencia, Demudada, volvió el rostro hacia Rob Lyndon y exclamó:

—¡Oh, no...!

Rob, muy rápido, cerró la cámara de nuevo. Dio las luces. Se quedaron mirándose el uno al otro con estupor. El joven captó en la expresión de ella su incredulidad y sorpresa... Meneó afirmativamente la cabeza Lyndon.

—Sí, Hazel. Es lo que usted ha visto... —dijo con calma—. Es lo que quería que advirtiera. Ahora, ya tenemos algo muy importante sobre que trabajar, ¿no cree?

Se encaminó al teléfono. Levantaba ya el auricular, cuando Hazel apoyó una mano en la suya, indicándole con tono grave:

—¿Qué va a hacer, Rob? Es peligroso... Esto no es cosa nuestra. La policía es la que debe...

—Yo soy la policía, Hazel —declaró Rob—. Pertenezco a la SIP...

* * *

“Compra y venta de fincas. John McGowan. Greenville”.

Contempló el letrero. Los ojos de Rob Lyndon se apartaron de las letras grabadas en la plancha metálica, sobre el muro de la vieja casa escocesa. Todavía estaba fatigado. Fatigado por el viaje relámpago, Nueva York-Glasgow y siguiente etapa en turbomóvil, hasta Greenville. Fatigado por la lectura de la noticia del momento, reproducida con grandes caracteres en todos los periódicos mundiales y repetida hasta la saciedad por locutores e informaciones televisadas:

“¡Ultimátum del *Supercerebro*! ¡El mundo en trance de rendición ante el poder diabólico de Laszlo Kovac y su máquina siniestra! ¿Qué harán nuestros gobernantes ante la coyuntura de ser aniquilados o pertenecer a ese monstruo?”.

También fatigado por las precauciones tomadas para impedir que su excitada mente le traicionase y el poder maléfico del *Supercerebro* captara sus ondas cerebrales. El vehículo transatlántico había ido protegido por la burbuja electrónica de Levigneux y Dubon. También lo iba ahora su turbomóvil. Y Hazel Dodds, que se había empeñado en acompañarle para conocer el fin de la aventura, y también para servir de cortina de humo, tal y como fuera hasta entonces su papel junto a Rob, no se movía del interior del vehículo, para que sus pensamientos no fueran interferidos.

Avanzó hasta la puerta de la vivienda de McGowan. Llamó con el zumbador, cuyo sonido repercutió en el interior de la casa. Esperó luego.

No tardaron en abrir. Lo hizo una mujer alta y esbelta, vestida de negro, con gafas azules, cabello plateado, muy largo, y expresión pensativa en su faz pálida, taciturna.

—¿Qué desea, por favor? —pidió con acento puramente escocés.

—Ver al señor McGowan —hablo Lyndon—. Deseo comprar una finca.

—Pase, por favor —invitó, con una fría sonrisa profesional la mujer, señalando el interior de la casa—. El señor McGowan está muy ocupado, pero procurará atenderle debidamente.

Rob Lyndon siguió a la mujer. Ella le condujo a un gabinete amueblado tradicionalmente, tras un corto corredor. Le indicó un asiento de espuma y le rogó que esperase. Ella se ausentó.

Una vez a solas, Roto Lyndon miró en derredor con la curiosidad del típico

comprador, un poco tímida e insolente a la vez. Aquello tenía aspecto honorable y pulcro.

Le dio la impresión de saberse observado, y extrajo un cigarrillo, encendiéndolo, para dominar sus nervios en tensión. Al mismo tiempo clavó una ojeada en el reloj. Eran justamente las dos de la tarde. Ocho horas más tarde vencería el ultimátum de Kovac. Y el mundo tendría que resolverse por una cosa o por otra, si Dios no hacía un milagro previo.

—¿Deseaba adquirir alguna finca, señor?

La voz aguda del hombre le hizo alzar la cabeza, olvidándose por completo de sus pensamientos, siempre encerrados en sí mismo, para evitar un posible error de trágicas consecuencias.

McGowan era un pelirrojo alto y muy delgado, de ojos oscuros, cabellos muy negros y rostro pálido. Saludó con una inclinación muy profesional al visitante, y luego escuchó su deseo de adquirir una finca. Meneó la cabeza, afirmativo.

—Tengo lo que puede interesarle, señor —declaró—. Voy a mostrarle las propiedades que tengo y...

Rob dijo:

—No es preciso. Ya sé la que quiero: Loch Manor.

McGowan se irguió, sorprendido. Clavó sus ojos entornados en el visitante.

—¿De veras? —preguntó—. Es la más fea y desagradable de las que poseo. Yo le enseñaré otras en mejores condiciones todavía, cuya belleza arquitectónica y...

—Es inútil, señor McGowan. Yo deseo Loch Manor. Eso es todo.

—Una idea ridícula, señor —declaró enérgicamente el otro—. Es un feo edificio sin nada atractivo. Y su historial es...

—A pesar de todo, deseo adquirirla. Soy americano, señor McGowan. De modo que no puede extrañarse, si soy algo excéntrico en mis gustos. Compró lo que me agrada.

—Oh, claro, claro. Eso es completamente justo, señor. Pero en este caso, debo decirle que Loch Manor no puede serle vendida. De veras lo lamento.

—¿No puede ser vendida? —Lyndon enarcó las cejas—. Escuche: soy periodista. Estuve allí hace unos días. Había un cartel que...

—Que anunciaba la venta —suspiró el escocés—. Eso es cierto, señor. Pero eso era el otro día. Ya no hay cartel. Está vendido.

El agente preguntó:

—¿Vendido? ¿A quién?

—A un rico propietario de Glasgow. No tengo obligación de referirle ese

dato, pero, ya que me lo pide, no tengo inconveniente en facilitárselo. De cualquier modo, señor, la finca ya no puede ser suya.

Rob Lyndon no apartaba sus ojos de McGowan. De repente, le espetó la frase inesperada, cuando el agente de fincas se disponía a mostrarle otras:

—Está usted mintiendo, McGowan.

El escocés dio un respingo. Miró amenazadoramente a su visitante y gritó:

—¿Qué mil diablos dice? ¿Por qué había de engañarle?

—No lo sé. Pero le advierto que quiero la verdad. Y usted me la va a proporcionar, le guste o no, ¿entendido?

Al tiempo de hablar, había extraído un arma, con la que encañonó al agente de fincas. Era una pequeña pistola de proyectiles térmicos, y la mano de Lyndon al empuñarla, no temblaba lo más mínimo.

—¿Se ha vuelto usted loco? —masculló McGowan—. Esto es un allanamiento, una osadía imperdonable y...

Rob exclamó:

—Y una orden concreta, McGowan, o como quiera que usted se llame. ¡En nombre de la SIP, hable! ¿Quién está dentro de Loch Manor ahora?

McGowan era muy pálido. Pero todavía se puso más al oírse interpelar. Miró a su supuesto cliente con inquietud. Luego, tras una vacilación, inclinó la cabeza y suspiró:

—Está bien, usted gana. Los policías son todos muy listos. Venga conmigo y le mostraré algo. Eso le va a explicar por qué no quería vender Loch Manor.

Siempre bajo la amenaza del arma, McGowan llegó al fondo, y abrió una puerta de comunicación con otra estancia. Hizo ademán de dejar paso a Rob, pero éste le indicó que caminara delante. McGowan sonrió, servil, y avanzó, entrando en la estancia. Le siguió Rob Lyndon, alerta y en guardia.

Pero no le sirvió absolutamente de nada.

Porque en cuanto McGowan notó que él pisaba ya el cuarto inmediato, lanzó un ronco grito. La puerta, a espaldas de Rob Lyndon, se cerró de golpe. Alguien, oculto todo aquel tiempo tras su hoja metálica, la había dejado caer, ajustándola. Se revolvó Rob, dispuesto a hacer fuego.

De su derecha, otra figura emergió de pronto, saliendo de detrás del quicio de la puerta, y una mano colosal, al caer sobre su muñeca armada, casi se la partió, tal fue el mazazo que, con el dorso de la mano, le administró el segundo enemigo.

McGowan se volvió triunfalmente, mirando a su prisionero, cuando ya sobre éste caían dos figuras bestiales, dos corpachones sólidos, macizos como piedra, y de cráneo totalmente pelado y rostro simiesco.

—¡Shaad y Lars, adelante! —rugió McGowan, con voz autoritaria—. ¡Es

un cerdo de la SIP! ¡Matad! ¡Matad! ¡Os lo ordena Kris Lothman, vuestro segundo jefe! ¡Estranguladle o rompedle la espina dorsal! ¡Pero pronto! ¡Pronto! ¡No le dejéis un hueso sano!

Rob Lyndon, en aquel supremo momento, con los dos colosos Kuzner, los gemelos siniestros que servían a Laszlo Kovac, lanzados contra él, intentó en vano luchar. Le habían desarmado y toda su experta técnica en la lucha cuerpo a cuerpo o en el judo, resultaba completamente inútil contra aquellos dos titanes de musculatura de hierro, cráneo calvo y repulsivo, y rostro satánico.

Uno le aferró con sus manazas, por el brazo izquierdo y la nuca. El otro, se apresuró a sujetar su mano derecha y su cintura. Sintió las fuerzas brutales, que podían romperle en pedazos cuando quisieran.

Y eso iba a ser ahora mismo. El falso McGowan, que se había despojado de su peluca roja, dejando ver el rostro de Lothman, se lo recordó con palabras incisivas:

—¡Vamos, estranguladle! ¡Matad! ¡Matad!...

Los Kuzner no necesitaban de tales alientos. Y Lyndon, vencido por la fuerza colosal de aquellos mellizos horribles, no podía siquiera defenderse de la muerte cierta a la que estaba condenado...

CAPÍTULO VIII

ALIADO INCREÍBLE



ODDS estaba preocupada. Y muy preocupada.

Recordaba lo que viera en la película estereoscópica filmada por Lyndon en Loch Manor. Y no podía por menos de sentir un escalofrío de terror.

Ahora, al quedarse sola y entrar Rob Lyndon en la casa del agente de ventas John McGowan, había vuelto a experimentar aquel mismo terror. Miró en torno suyo, a la calle desierta, tristemente lluvioso el cielo sobre Greenville y las cercanas colinas, a través de las ventanas del turbomóvil, y se sintió repentinamente sola y desamparada. Tuvo la corazonada terrible de que Rob Lyndon, su falso colega, no volvería ya jamás.

Hazel era una muchacha valerosa. Pero no estaba habituada a enfrentarse con cosas así. Su mirada se deslizó a lo largo de la calle, atravesando la llovizna que empezaba a caer sobre Greenville. Allí empezaba el pueblo. O terminaba, según como se mirase. Empezaba el sendero por entre arroyos, pantanos y vegetación. Y un poco más allá, Green Hill, con Loch Manor en su cumbre...

Desvió la mirada. Aunque unos arbustos cubrían el edificio, éste se presentía allí, tras de ellos. Como guarida primitiva del monstruo más siniestro en la historia del hombre...

Hazel sentía mucho miedo.

De nuevo clavó los ojos en la puerta de la vivienda de McGowan. No le gustaba la casa del agente de fincas. Sin saber por qué, le recordaba la de la colina.

Tampoco le gustaba seguir allí. Aun a riesgo de perjudicar los planes de su compañero, saldría del turbomóvil. Se dispuso a abandonar el vehículo, armándose de valor.

Su mirada fue al tablero, junto al cual había un compartimento donde Rob había guardado sus armas más eficaces. Lo abrió. Solamente se había llevado una pistola térmica. Allí quedaba una de carga eléctrica y otra de proyectiles normales, de níquel, con percusión de pólvora, como los que se utilizaban

desde hacía doscientos años.

Tomó esta última. Ella prefería las armas vulgares. Siempre resultaban más eficaces, llegado el caso.

Guardó el arma en el bolsillo amplio de su falda, abrió la portezuela y saltó a tierra.

Sabía a lo que se exponía, y a lo que exponía también a Rob Lyndon. Pero no era una mujer vulgar ella tampoco. Sabía dominar su mente con bastante acierto, al menos durante breves espacios de tiempo. Éste sería uno de ellos. Logró concentrar sus ideas en un vacío casi absoluto, pensando tonterías triviales, mientras corría a través de la calle y se detenía ante la puerta del agente de fincas.

Pulsó el zumbador. No oyó a nadie que acudiera a abrir. De nuevo lo oprimió. Y entonces, claramente, llegó un grito, abogado, desde el interior:

—¡Ayúdenme! ¡Me estrangulan... asesinos!

¡La voz de Rob Lyndon! Un escalofrío recorrió su cuerpo. No vaciló. Alzó su pistola. Dos veces oprimió el gatillo. La contundencia de los proyectiles de calibre 45 fueron tan eficaces como lo fueran en el pasado del mundo.

La cerradura quedó desgajada por los dos impactos, y Hazel cargó contra la puerta, abriéndola. Penetró por el corredor, mientras le llegaba rumor de golpes, jadeos y voces destempladas, del interior de la casa.

Buscó con premura. Bien pronto encontró el gabinete donde fuera llevado Lyndon a su llegada. Los ojos inteligentes y vivos de Hazel Dodds se clavaron en la puerta cerrada. Enseguida localizó el origen de las voces y golpes. Corrió hacia ella. Disparó sobre la marcha contra la hoja metálica y los proyectiles maullaron, al rebotar, tras destruir la cerradura eléctrica, que produjo un chispazo al quedar inservible.

Hazel cruzó vertiginosamente la puerta de acceso. Vio a Rob Lyndon, debatiéndose heroicamente entre dos gorilas de monstruoso aspecto, dos hombres de pelado cráneo y corpachones bestiales, que pugnaban por romperle el cuello o las vértebras, en tanto él, con toda su agilidad de luchador experto, procuraba prolongar el fin de la titánica y horrible lucha.

—¡Cuidado, Hazel! —gritó Rob desesperadamente, al verla.

Hazel Dodds, llevada por la urgencia del momento, había descuidado el importante detalle de mirar a uno y otro lado, antes de cruzar el umbral de la estancia.

Ahora era tarde ya para rectificar, y el aviso de Rob Lyndon no fue válido para impedir lo que sucedió.

El falso McGowan con un salto de tigre, cayó sobre Hazel, la martilleó con los puños en el rostro y aferró su mano armada antes de que pudiera hacer uso de ella contra los gemelos Kuzner.

Retorció su muñeca, pese a la desesperada lluvia de golpes que, con la

zurda, le lanzó Hazel estérilmente. McGowan —o Lothman, el segundo de Kovac— era demasiado fuerte y correoso para ceder ante una mujer, aunque ésta fuese lo valerosa y decidida que era Hazel Dodds.

Cayó la vieja pistola a tierra, y luego siguió Hazel, quien vio a McGowan empuñar el arma, para eliminarla definitivamente a tiros, en tanto los dos colosos iban venciendo sistemáticamente la resistencia titánica de Lyndon.

Hazel pugnó por levantarse, pero sabía que no llegaría a tiempo. El arma la encañonó desde la mano de Kris Lothman...

* * *

Ni siquiera supo cómo fue. Pero las palabras acudieron a sus labios atropelladamente:

—¡Acabe con nosotros... y nunca sabrá la forma en que va a ser destruido su amo! ¡La SIP tiene ya la contraarma que anula definitivamente al *Supercerebro*!

Por supuesto, esto era mentira. Si había algo de cierto en ello, era lo que prometiera Dubon a Callowan. Y eso lo ignoraban por completo Lyndon y ella. Pero dio el resultado apetecido.

Lothman se detuvo en su acción de matarla. Miró vivamente, de soslayo, a Lyndon. Y éste, que captara la intención de Hazel de ganar tiempo a la Muerte, con un embuste inocente, tuvo todavía energías para gritar, mientras luchaba con sus dos salvajes adversarios:

—¡No, Hazel! ¡No diga nada! ¡Ellos no deben saberlo...!

Lothman cayó en la trampa. Con un grito tajante detuvo a los Kuzner en su tarea de verdugos:

—¡Alto! ¡No hagáis nada a ese hombre! ¡Dejadlo inconsciente! ¡Eso basta!

Fue tarea sencilla para los Kuzner. Porque esta vez Lyndon dio facilidades, y la mano de uno de ellos le abatió como fulminado por un rayo.

Hazel contempló con dolor al joven, inconsciente, de bruces en tierra, Lothman se acercó a Hazel, la incorporó a empujones, manteniéndola amenazada, y luego, con una siniestra sonrisa, preguntó:

—Vas a hablar de eso, ¿verdad, pequeña? ¡Vamos, di la contraarma que la SIP tiene contra el *Supercerebro*!

—No la sabréis, cerdos —le espetó Hazel. Y le escupió al rostro, gritando —: ¡Jamás os diremos nada hasta que sea demasiado tarde para impedir vuestro caos!

Lothman la abofeteó, hasta que la sangre brotó por la comisura de los rojos y carnosos labios de Hazel, pero ella resistió sin una queja, sin que el llanto asomara a sus ojos. Finalmente, Lothman dispuso con ira:

—¡Muy bien! ¡Iréis a presencia de quien os arrancará esa verdad... queráis o no! —hizo un gesto a los Kuzner—. ¡Llevadlos! Yo os sigo ahora mismo.

¡Llévalos a presencia del *Supercerebro*! ¡Él les hará revelar lo que saben!

Hazel le miró triunfalmente. Con una sonrisa desafiadora en sus labios, le advirtió:

—Será inútil. Ni siquiera tu prodigioso *Supercerebro* lo podrá descubrir. Tenéis las horas contadas, monstruos. ¡El mal nunca puede salir triunfador en el mundo!

—Tú no sabes lo que significa comparecer ante el *Supercerebro* —la risita sibilante de Lothman era toda una torva amenaza—. Ni siquiera puedes imaginarlo, pequeña. ¡Pero después de verlo, nadie sigue vivo para contarlo!

Hazel le escuchaba en silencio. De súbito, intentó atacarle, con un gesto de imprevista fiereza. Fue tan sorprendente su agresión, que sorprendió al horrible mellizo Kuzner, el cual la soltó sin querer.

Pero Lothman se defendió a tiempo. Cuando Hazel se le abalanzaba, dispuesta a hincar sus uñas en el flaco y pálido rostro, el esbirro del *Supercerebro* levantó la pistola con energías, y la estrelló en el rostro de Hazel.

La muchacha recibió el impacto en la sien y la mejilla. Un vivo, lacerante dolor, la asaltó. Le flaquearon las piernas y cayó de bruces. Se desvaneció, a los pies de Lothman.

Era lo que ella había buscado. De esa forma, nadie podría sacar de ella pensamiento delator alguno. Durante su inconsciencia tanto Rob Lyndon como ella no podían pensar. De ese modo, tampoco la mente electrónica de Kovac podía captar ideas.

Hazel se hundió en la inconsciencia, sin saber siquiera por qué hacía todo esto. Posiblemente ganar tiempo no significaba nada, sino aplazar la muerte inevitable.

Pero algo le decía, en su subconsciente, que tenía que hacerlo. Que era necesario ganar tiempo.

Y que al final de ese tiempo, algo podía suceder...

* * *

—Cielos, ¿dónde estamos metidos, Hazel?

—No lo sé, Rob. Esto es un cubículo de acero, del que parece imposible salir. Hay salidas, pero están electrónicamente guardadas, de forma que una onda le empuja a uno atrás cuando se acerca a esas puertas abiertas. Cuidado con sus pensamientos, Rob. Contróuelos. Estamos en poder del *Supercerebro*...

—El *Supercerebro*... Dios mío, Hazel, ya recuerdo... ¿Y usted es capaz de dominar su mente?

—Bastante bien —sonrió ella—. No pienso en nada. ¿Siente dolores?

—Sí, en todo el cuerpo —se removió sobre la plancha de acero que

formaba el suelo de aquella celda hermética, y gimió entre dientes—. Diablo, buena paliza me dieron esos gorilas. ¿Dónde estaremos ahora, Hazel?

—No sé. Yo también preferí la inconsciencia para no pensar. Aquel hombre, McGowan dijo que íbamos a presencia del *Supercerebro*. Y a morir después.

—No era McGowan. Se llama Lothman. Habló de él Ada Lorraine, la doctora que fue auxiliar de Kovac hasta descubrir a las actividades reales que destinaba éste su mecanismo electrónico... —Rob miró en derredor, con aire perplejo—. Y si el relato de Ada Lorraine a la SIP se ajustaba a la realidad, como yo creo... ésta es la misma celda en que estuvo encerrado Alan Dawson. Y de la que le libró la doctora Lorraine. Hemos vuelto a Loch Manor.

—Luego entonces... era cierta la teoría. Está aquí. Nunca ha dejado de estar aquí.

—Más o menos, así es —afirmó Lyndon, ceñudo—. Quizá desapareció cierto tiempo. Luego delegó a Lothman como agente de fincas, encargado de vender la casa. En esa falsa situación, Kovac volvió a su antiguo cubil. Era el punto donde nadie le buscaría, porque nadie imaginaba que iba a continuar donde estuviera antes. De no ser por aquella película, en la que captamos tras los cristales de las ventanas la faz del propio Laszlo Kovac...

—Fue un golpe casual de suerte —suspiró Hazel—. Si es que a esto de ahora podemos llamarle suerte, Rob...

—Aún no estamos muertos —le recordó Lyndon—. Y es posible que esta vez la SIP llegue a tiempo.

—Mucho tendrán que correr —musitó ella, consultando su reloj—. Hace más de tres horas que fuimos capturados. Faltan apenas unas horas para el minuto final del ultimátum. Los Gobiernos deben estar reunidos ahora, para resolver el terrible dilema...

Asintió Rob. Ninguno aludía, ni pensaba siquiera, en la mentira de Hazel que aplazó su final. Sabían cuán peligroso era dar cualquier indicio de su mentira al *Supercerebro*. Eso bastaría para que dispusiera su eliminación inmediata. Era preciso mantener el engaño, si querían alargar más aún su existencia y sus posibilidades de sobrevivir, bien remotas y escasas por cierto.

Tampoco a ellos les hicieron esperar demasiado. Pronto sonaron pasos en el exterior. Lothman y los dos poderosos Kuzner aparecieron en el umbral. Sus ojos malévolos se clavaron en ellos con dureza. Llegaban armados.

—Vamos —señaló Lothman—. En marcha vosotros. El *Supercerebro* os aguarda.

Echaron a andar tras de Lothman. La barrera electrónica de las puertas se interrumpió para dejarles paso. Flanqueados por los tres hombres y amenazados directamente por sus armas, avanzaron por un corredor. Llegaron al ascensor que Alan Dawson conociera en su aventura dentro de Loch Manor.

Esta vez descendieron a la planta cuatro inferior. Allí, un nuevo corredor, iluminado crudamente en rojo, con unas luces que producían un extraño zumbido y un fuerte dolor en las retinas, les llevó hacia una puerta de acero blindado, herméticamente cerrada. Lothman se detuvo ante ella. No hizo nada por abrirla. Se limitó a permanecer rígido.

Evidentemente, sus pensamientos horadaron la puerta, llegando hasta el interior de la cámara secreta. Lenta, pero paulatina, la puerta se fue abriendo por fin...

Iban a penetrar en el santuario alucinante del *Supercerebro*... Iban a encontrarse frente a Laszlo Kovac, el satánico inventor. Pero más ante un hombre, sabían que se hallarían ante un monstruo, frente a un ser endemoniado, cuya semejanza con un humano sería muy remota.

Del interior de la cámara brotó una luminosidad rojiza, fantasmal, entre la cual llegaban vibraciones roncadas, zumbidos de motores en funcionamiento. Una extraña, densa impresión, asaltó a ambos cuando se movieron hacia aquella puerta, que ni Lothman ni sus esbirros, los Kuzner, se atrevían a cruzar siquiera.

—Pasad —invitó roncamente Lothman—. El *Supercerebro* espera...

Avanzaron paso a paso. Cruzaron el umbral. Pisaron un suelo de frío metal, en cuyo centro, bajo un haz fantástico de luz roja, se hallaba el *Supercerebro*...

* * *

Conociendo su naturaleza y su poder, resultaba espantoso verse allí, frente a aquel ingenio creado por un hombre enloquecido y lleno de odio a sus semejantes...

Era tal como Ada Lorraine lo describiera. Una campana transparente, con un lecho o plataforma, sobre el que yacía un cuerpo, inmóvil como el de un pelele, en medio de la espectral luminiscencia. Y con la cabeza provista de unos enormes electrodos conectados directamente a una mole metálica, negra, bruñida, de cuyos extremos brotaban estrías zigzagueantes de luz cárdena, que pasaban a unos largos tubos, los cuales iban a perderse en una gigantesca forma hemisférica, suspendida en el aire, cerca de la bóveda de aquel sótano.

Aquella espantosa forma metálica era el *Supercerebro*.

Y la figura delgada, envuelta en una bata blanca, de largos cabellos blancos y rostro lívido y halconado, que yacía con los electrodos fijos a sus sienes y frente, como en permanente siesta, pertenecía al profesor Laszlo Kovac.

Rob Lyndon le reconoció enseguida. Había visto sus fotografías y sabía cómo era físicamente. Sólo que ahora su rostro parecía una espantosa máscara sin alma, todo maldad, y su cuerpo una débil estructura humana, demasiado pobre y miserable para aquel aparatoso y terrible mecanismo artificial, que

canalizaba su poder mental, agigantándolo miles, millones de veces incluso, hasta hacer de esa energía, esa indudable fuerza que toda mente humana posee, y la hace capaz de cultivar el magnetismo, la hipnosis o la sugestión y todo ello, una auténtica corriente de poder creador o aniquilador... que Kovac había preferido convertir en azote de maldades, de crueldad sin límites.

Casi resultaba ridículo el contraste entre el hombre y su obra, entre el verdadero cerebro y lo que no era sino un espejo repetidor de su fuerza mental. Pero a pesar de aquel aparente ridículo... aquel era Laszlo Kovac, el hombre más poderoso del universo.

Y aquel, su *Supercerebro*, el ingenio más escalofriante de su época...

Por ello Hazel Dodds, acaso por vez primera en su vida, tuvo verdadero terror a lo que veía ante sí, y buscó instintivamente la protección de Lyndon, acogiéndose contra su pecho. Rob la abarcó con un brazo musculoso y fuerte, pero que nada podía hacer en favor de la muchacha asustada. Miró serenamente al *Supercerebro*, y luego preguntó:

—¿Qué deseas de nosotros, asesino?

La sala tenía extraños ecos, vibraciones que dieron una sonoridad hueca, estremecedora, a la voz glacial de Rob Lyndon. Por un momento, nadie respondió, y su voz se extinguió de muro en muro, como rebotada de un lado a otro.

La figura, tendida en la plataforma cubierta permaneció inmóvil. Ni un músculo facial o corporal se movió. Era como un cuerpo muerto. Sólo los ojos, aquellos ojos penetrantes y duros, centelleaban, moviéndose pausadamente en sus órbitas, como rastros de vida.

No movió los labios. No dijo palabra alguna con la boca la cual los jóvenes podían descubrir ante sí. Evidentemente, su poder mental era capaz, al ser transformado en energía por la máquina, de convertir los pensamientos en sonidos, la idea en voz.

Y habló:

—Decís conocer una contra arma que me aniquile. Reveladla. Decid cuál es o moriréis.

Las palabras hubieran sido torpes, ridículas, en labios de cualquier persona. Emitidas por la máquina, con un sonido metálico y frío, con aquella voz sin color ni timbre, y amplificándola en lúgubres resonancias bajo la bóveda, causaban pánico.

—Igual moriremos, Kovac, si te damos la solución —replicó Rob, sin inmutarse—. No la sabrás hasta que sea demasiado tarde, y hayas perdido tu poder, quedando reducido a lo que eres: un pobre ser, débil y cansado, una ruina humana sin fuerzas ni poderío sobre nadie.

Los ojos reflejaron odio y también burla. Pero el cuerpo siguió sin conmovirse. La voz volvió a hablar, metálica y ominosa:

—Habla. Habla y tal vez te salves. Calla y moriréis los dos.

—Necesito tiempo para meditarlo —replicó de nuevo Rob, como si vacilara.

Kovac ordenó:

—¡No! Habla ahora.

Era un callejón sin salida. Rob Lyndon miró angustiado a Hazel. Y ella a él. Luego, Rob volvió la cabeza, miró hacia la puerta del laboratorio o centro experimental de Kovac.

Allí seguían los dos gemelos y Lothman. Se podían advertir sus sombras, ya que no se atrevían a penetrar en el recinto de su amo y señor. Rob respiró hondo. Habló, procurando no revelar lo que pensaba:

—Supongamos que he mentido. Que esa contra arma no existe...

—Habla. No busques evasivas... —exigió, imperiosa, la voz.

—Ya lo estoy haciendo —contestó Rob, irguiendo la cabeza—. Terminó la farsa. No sé nada de ninguna contra arma. Todo ha sido mentira.

No añadió más. Estaba pensando que era realmente mentira. Y el *Supercerebro* de Kovac lo captó. En los altavoces hubo un juramento apenas susurrado. Luego, la voz del dominador gritó:

—¡Seréis muertos por ello! ¡Yo os mataré, emitiendo ahora mismo una simple orden! ¡No necesito a nadie! ¡Mi cerebro gigantesco es capaz de matar por sí solo!

Lo iba a hacer. Lo sabía muy bien Rob. Pero también sabía lo que pensaba hacer. Y lo hizo. Después de todo, aquel era el fin...

Se lanzó con virulenta energía contra el mecanismo. No cometió el error de buscar la campana plástica, sino los tubos metálicos que partían de ella, constituyendo el canal para la energía cerebral de Kovac.

Aferró uno de ellos con ambas manos, disponiéndose a retorcerlo con furia. Hazel gritó. Kovac, dentro de su prisión de cristal blindado, lanzó una carcajada, sin mover los labios.

Fue escalofriante. Una poderosa carga eléctrica despidió a Rob atrás, haciéndole rodar por el suelo metálico, presa de convulsiones horribles. Hazel, angustiada por la impotencia del desesperado esfuerzo del joven agente de la SIP, se cubrió los ojos con horror.

—¡Imposible vencerme! —decía la voz hueca, alucinante, de Laszlo Kovac—. ¡Nadie puede dominar al *Supercerebro*!

—¿Nadie? ¡Mientes, asesino! Éste es el último minuto de tu existencia!

Hazel, atónita, levantó la cabeza. También Rob Lyndon, en tierra, alzó los ojos, dominando sus convulsiones.

El que había hablado estaba en la puerta de la cámara. Pero no aquella que bloqueaban Lothman y los dos espantosos gemelos Kuzner, sino otra puerta

secreta, situada más allá de la compleja máquina de multiplicar el pensamiento.

Ahora sí se conmovió la figura del interior, con un estremecimiento. Los ojos oscuros reflejaron incredulidad, y también una furia sin límites.

Lyndon, sin poder creer lo que veía, contempló al hombre que, con un arma en sus manos, y una expresión sarcástica en la faz, mantenía en alto un objeto cilíndrico, azul intenso, con su mano zurda.

—¡No es posible! —gimió Lyndon—. Es el agente Alan Dawson.

Y Alan Dawson, cuando ya Kovac comenzaba a emitir pensamientos para destruirle, presionó con su pulgar la parte superior del cilindro azul...

CAPÍTULO IX

EL GRAN ENIGMA



El resultado fue impresionante de verdad.

Una llamarada azul vivísima brotó del cilindro. Chisporroteó el interior del *Supercerebro*, se incendiaron los cables y los electrodos. Un aullido espeluznante brotó del cuerpo tendido en el interior de la campana, que pretendió evadirse, salir de su encierro colosal metálico.

No pudo hacer nada. El cortocircuito provocado por la chispa azul incendió diversos puntos vitales del *Supercerebro*. El gran ingenio electrónico, sacudido por una corriente de elevadísima tensión, chisporroteó, ennegreciéndose sus fusibles.

Sobre la plataforma, el cuerpo de Laszlo Kovac se retorció, sufrió espeluznantes sacudidas, mientras se ennegrecía. La figura luchó por sobrevivir, en aquel infierno eléctrico. Todo en vano. Pronto se arrugó, contrayéndose la figura carbonizada...

Murió con una mano abrasada, negra y horrible, tirando de su faz, como si ésta fuese de goma, y el cuerpo espantosamente convulsionado.

Hazel gritó, horrorizada. La luz roja se fundió, junto con la potente máquina. Solamente un foco blanco de emergencia quedó brillando en un ángulo, dando una luz fantástica a los tres estupefactos personajes.

Lothman y los Kuzner asomaron, a averiguar las causas del estampido y los gritos. Todo lo anterior había sucedido en un segundo. Pero cuando ellos irrumpieron, ya el resucitado Alan Dawson les esperaba con fría serenidad.

Apretó implacablemente el resorte de su arma. proyectiles térmicos alcanzaron matemáticamente a Lothman y a los Kuzner, en un alud inexorable de la pistola de Dawson.

El agente de la SIP no dejó a uno solo con vida. Luego respiró hondo, con la mirada fija en el ataúd grandioso que era ahora el *Supercerebro* para el ser que lo creara, y con el que pretendiese dominar al mundo.

Todavía atónito, sin comprender nada de cuanto sucedía, Rob Lyndon se incorporó lentamente. Se apoyó en la campana de plástico, ahora urna funeraria de Kovac, y clavó su mirada incrédula en su colega. Dawson, muy pálido, jadeaba, como si acabara de hacer un terrible esfuerzo.

—Dawson... Eres tú, ¿verdad? Alan Dawson, de la SIP...

El joven agente, oficialmente declarado muerto, asintió con la cabeza, muy despacio.

—Sí, Lyndon. Yo soy Alan Dawson... —declaró con sencillez.

—Pero... pero entonces, Alan... el hombre aparecido en el pantano...

—No era yo, naturalmente. Callowan y la SIP lo sabían. Recuerda que aún el cuerpo más destrozado conserva el distintivo de la SIP tatuado con tinta invisible, que ni el fuego destruye, en nuestro pecho. Aquel muerto no lo llevaba. No podía llevarlo. Era un pobre hombre, un cadáver robado en el depósito de una ciudad cercana, vestido con mis ropas y poseedor de mis documentos. Elegí el más parecido a mí para que el efecto fuese total.

—¿Y a quién esperabas engañar con eso?

—Al *Supercerebro*. Me querían muerto. Pues bien, yo me maté a mí mismo para seguir mis pesquisas en secreto. Yo sospechaba ya esto. Estaba

seguro de que volvería a su propio cubil. Pero no supe que estuvieran aquí, ni que McGowan fuese Lothman, hasta que intervinisteis vosotros. Yo sabía que otro agente de la SIP, con una periodista, estaba encargado del asunto. Os vigilé de cerca. La SIP siempre supo que yo vivía, me mantuve en contacto con ellos e hicimos el juego lo más perfecto posible.

—¿Cómo te salvaste, Dawson?

—Dentro del turbomóvil había depósitos de oxígeno de emergencia. Me mantuve sumergido varias horas. Cuando comprendí que el peligro era menor, y que el vehículo estaría más cerca de la superficie que en su caída, rompí el parabrisas y salí por allí. Dejé hundido el vehículo, hasta que logré un cadáver a propósito. Entonces, con ayuda de un coche grúa, y en plena noche, cambié de posición el coche, haciéndole emerger y cuidando de que se empotrara en la orilla, para no sumergirse de nuevo. Me interesaba que lo hallaran. Pero fue puramente casual que fuerais vosotros los que dierais con él, Lyndon.

—Cielos, ¿cómo pudiste hacer todo eso sin que ellos sospecharan o captaran tus pensamientos?

—En eso hemos exagerado un poco, Lyndon. En realidad, el *Supercerebro* no se cuidaba de captar ideas y pensamientos ajenos, más que de alguien que le interesara mucho, en un momento dado. Esa labor de escucha o captación hubiera mermado su poder destructor considerablemente. Y la persona que dirigía este ingenio horrible desde aquí, sólo deseaba destruir, hacer el mal... Distaba mucho de ser una persona normal o humana. Tenía alterada su mente, deseaba matar, aniquilar... y ser un día amo del mundo, para llevar más lejos aún su venganza.

—¿Venganza? ¿De qué, Dawson? ¿Qué es lo que conoces tú y nosotros ignoramos?

—Conozco muchas cosas que ignoráis, ciertamente. He investigado este enigma en la sombra, sin dejarme ver por nadie. Así he sabido lo que sucedía en realidad aquí dentro, por dónde salía la persona que manejaba el *Supercerebro*, para no ser vista por Lothman, por los Kuzner ni por ningún otro. En realidad, mantenía una separación total, un distanciamiento absoluto, entre sí y los demás. Ese camino es el que he recorrido yo ahora. Me costó noches enteras de vigilancia en el exterior, oculto entre arbustos o en el fango, hasta dar con la forma de entrar aquí sin ser visto.

—¿Por eso has llegado tan oportunamente?

—Sí, Lyndon. Pude haber llegado antes. Lo cierto es que estaba cerca de la casa de McGowan cuando luchasteis y os capturaron. Hubiera intervenido, de veros en peligro de muerte. Al ver que con tu estrategia os salvabais momentáneamente, resolví seguiros... aunque aquí dentro teníamos las de perder. Por fortuna, el ingenio de los “Chispas” llegó a tiempo.

—¿Ese cilindro azul... es lo que han descubierto Levigneux y Dubon? —se

sorprendió Lyndon, que ya empezaba a recuperar el aliento.

—Sí. Esos chicos son formidables. Dentro de un par de horas tenían que poner en funcionamiento esta misma contraarma, pero en gran escala. Eso hubiera causado desastres en todas partes, porque anulaba toda fuerza electrónica, creando un cortocircuito general. Yo sabía eso, y pedí un sistema idéntico pero individual, para utilizar a corta distancia. Eso fue salvador para todos. De otro modo, ese mecanismo era inaccesible.

—¿Cómo pudiste seguirnos, sin ser visto?

—Ya os lo he dicho. Por la ruta misma utilizada por el *Supercerebro*: un túnel subterráneo, desde la casa de McGowan hasta el jardín de Loch Manor, frente a la fachada posterior.

—¡Cielos! Largo túnel será ese...

—No mucho. En los viejos castillos de Escocia había otros mucho más prolongados. Quizá en Loch Manor hubo antes un castillo. Ese túnel o pasadizo sobrevivió a su época. Y lo habilitaron para llegar aquí. Pero solamente lo utilizaba su amo y señor. Yo he sido el único, aparte de esa persona, en recorrerlo hoy.

Hazel Dodds escuchaba todo esto, con cierto sereno aspecto en su faz lívida. Aventuró a hacer ella también una pregunta:

—Mientras Kovac ocupaba ese lugar, era impotente físicamente para luchar o defenderse, ¿no es cierto?

—Sí. Es cierto —asintió Alan Dawson lentamente—. Su esfuerzo mental le impedía realizar ninguno físico. Su cerebro estaba totalmente entregado a la labor a través del generador de energía mental. El resto del cuerpo quedaba como dormido.

—Ha sido horrible verle morir así —se estremeció ella—. A pesar de todo...

—Para mí ha sido mucho más horrible, señorita —declaró Alan Dawson lentamente—. Pero tenía que hacerlo. No había otro remedio. Matar al *Supercerebro* significaba matar también a quién en él actuaba. Además, no merecía compasión. Fue cruel, implacable. La más monstruosa e injusta de las venganzas guió su mano...

—Vuelves a hablar de venganzas, Alan —intervino Rob—. ¿A qué te refieres? ¿Qué tuvo que vengar Kovac?

Alan Dawson les miró fijamente. Había una luz extraña en sus ojos, una expresión rara, desde su mueca amarga hasta la crispación de su frente.

—Habláis partiendo siempre del mismo error que tuve yo en todo momento, Lyndon —observó—. Es cierto que hubo una venganza y un ser demoníaco y cruel que manejó ese ingenio atroz... pero esa persona no fue jamás Laszlo Kovac.

—¿Eh? —Rob pegó un respingo y clavó sus ojos dilatados en Alan—. ¿Qué mil diablos estás diciendo, Dawson?

—La verdad, Rob. Ahora vendréis conmigo. Encontraremos a Laszlo Kovac, encerrado en una mazmorra, medio ciego y medio loco, tras las torturas a que ha sido sometido aquí. Ha sido un prisionero, desde que terminó su obra maestra, y alguien se la arrebató, transformando la primitiva idea de Kovac, de destinarla al bien de la Humanidad, por un desmedido afán de poderío, de codicia y de sed vengativa.

—Pero entonces... entonces... ¿quién puede ser... ése que está ahí? —gimió Rob Lyndon, señalando con trémula mano hacia la urna plástica y el cadáver ennegrecido y contraído por la terrible muerte.

—El verdadero cerebro perverso de todo esto... el ser que nos engañó a todos... La doctora Ada, Lorraine, la mujer de quien llegué a enamorarme...

* * *

—¡Ada Lorraine! Es imposible! O parece imposible...

—Y, sin embargo, es puramente lógico, y lo explica todo, desde el principio al fin —declaró Alan Dawson, mirando fijamente a Donald Callowan, en la oficina de la Spacial International Police en Washington.

—¿Tú crees que lo explica todo? —Callowan cambió una mirada de estupor con Rob Lyndon y Hazel Dodds, presentes en la reunión. Luego se encogió de hombros, con un cierto gesto desconcertado. Mantuvo entre sus dedos el grueso habano, sin resolverse a encenderlo, mientras no viese totalmente claro—. Mira, Dawson, yo no soy ningún tonto, pero cada vez me parece todo más desquiciado...

—Sin embargo, todo era sencillo. No nos preocupamos nunca de investigar sobre Ada Lorraine, porque se ganó nuestra confianza, que era precisamente lo que buscaba. Pero yo he cuidado después de hacerlo, en cuanto empecé a ver cosas raras y a dudar de que Kovac fuese el artífice auténtico de todo este caos. Pensé que no sabíamos en realidad si Kovac era el *Supercerebro*. ¿Quién nos aseguró tal cosa? Ada Lorraine. Y todos lo dimos por sentado. Yo había visto a Kovac en una emisión televisada, encaminada a hacerme disparar en falso, cuando entré en Loch Manor. Pero eso podía ser simplemente un truco, como lo era el mismo sistema empleado. Recordé la rara tirantez del rostro de Kovac. Recordaba, sin saber por qué, a una máscara. Una máscara bien modelada, ciertamente, con el rostro real de Kovac como modelo.

“Esa idea se metió en mí. Luego recordé el papel de Ada. Era raro que me hubiese ayudado, raro que a ella no la persiguiera Kovac para vengarse, raro que le fuera tan fácil sacarme de allí. Y raro que ella insistiera en ser la que enviara el mensaje escrito por mí. A mí nada me sucedería, en tanto no atestiguara, con letra mía, bien concreta, que era mi auxiliar y me había

salvado la vida. Esa era la razón de todo. Luego, tenía tiempo de volver a Loch Manor, buscarme a distancia, con su máquina infernal y destruirme. Así lo hizo. El invento de Kovac era poderosísimo, ustedes lo saben bien.

—Pero ¿cuál era la historia de Ada, a la que usted se refiere? —preguntó Hazel intrigada.

—Como digo, Kovac llevaba años experimentando en su obra maestra. Le ayudó anteriormente un tal doctor Lorraine. Frank Lorraine, inglés como Ada. Era viudo y tenía una niña. Esa niña era Ada. Lorraine murió en un accidente de laboratorio. La culpa fue de Kovac, involuntariamente. Ada amaba a su padre. No perdonó eso a Kovac. Pero fingió olvidarlo y años después se unió a sus trabajos. Ella sabía que Kovac tenía muy adelantada la labor, y ella albergaba ya su plan criminal de venganza. Deseaba destruir al que consideraba asesino de su padre. Pero esa muerte no sólo la había hecho odiar a Kovac, sino a todo el mundo, porque, su vida desde aquel día fue muy dura y difícil. Almacenó odio, ferocidad y afán de desquite en tal cantidad, aprendió tanto a aborrecer al mundo, que eso la desquició mental y moralmente. Cuando fue capaz de ello, aniquiló a Kovac, reduciéndole y encarcelándolo. Fingió que Kovac vivía oculto y sólo se dejaba ver por ella, que a su vez distribuía órdenes a los Kuzner y a Lothman. Cuando era preciso que le vieran, utilizaba la mascarilla. Previamente, había hecho grabar al infortunado Kovac las palabras que ella precisara, y las reproducía, con visos de realidad. Otras veces, imitaba hábilmente la voz, con su garganta y los aparatos de reproducción del sonido a un determinado tono grave. Todo esto me lo ha referido Kovac, cuando lo he visitado en su celda de cautivo. Fue la propia Ada, y no Kovac, quien hizo quitar la lengua a los Kuzner, en un rasgo de crueldad infernal. Como ha sido cruel cuanto hizo hasta hoy, procurando siempre culpar de todo a Kovac. Si las cosas salían mal, Kovac pagaría por ella, como responsable.

—Pero entonces ¿por qué te ayudó a escapar? —intervino Lyndon.

—Ya os lo he referido: quería que yo escribiera algún mensaje que, presentado en la SIP, le diera a ella oportunidad de demostrar su buena fe, de introducirse, incluso, en el Cuerpo, averiguando lo que se planeaba para combatir al *Supercerebro*, ya que ella sabía la calidad de nuestros expertos, y temía una contraarma.

—Como la que lograron los “Chispas” —rio Callowan de buena gana—. Por fortuna, ni a ellos ni a mí nos gusta fiarnos de nadie, mientras no esté positivamente demostrado que es leal a toda prueba. Así, Ada Lorraine no sacó nada en limpio. ¿Cómo se le ocurrió volver a Escocia?

—Era su emplazamiento ideal —continuó Alan Dawson—. Mientras se registraba y vigilaba aquello, llevó a otro lugar a Kovac, manteniéndole oculto, y a uno diferente a Lothman y a los gemelos, con el mecanismo del *Supercerebro* desmontado y embalado. Luego, regresó a la granja, se

estableció de nuevo, situando a Lothman como supuesto agente de compra de fincas, y utilizando el pasadizo para ir y venir al lugar de la colina, cuando fingía viajar entre Londres y París, con misiones de ayuda para la SIP. Ella también hacía a veces el papel de auxiliar del falso agente McGowan. ¿Recuerdas a la dama de pelo plateado y traje negro que te abrió, Lyndon?

—Sí —se sorprendió Rob—. ¿Era acaso...?

—Ella misma. Era muy hábil disfrazándose. Se marchó nada más entrar vosotros, por el túnel subterráneo. Ordenó mataros. Pero por si algo podíais revelar sobre la SIP. Lothman tenía órdenes de llevaros a presencia del supuesto Kovac. Que era, naturalmente ella con su mascarilla y peluca de Kovac, con su bata y todo lo demás. Por eso se veía un cuerpo tan frágil y femenino, tendido en aquella plataforma. Y por eso, al verme aparecer a mí, a quién creía sepultado para siempre en los pantanos, sufrió tal sobresalto que llegó a accionar tarde su pensamiento para combatirme. Tal como yo lo esperaba, ese lapso inconsciente me dio la ventaja de utilizar la contraarma enviada por Dubon y Levisneux tan oportunamente.

—Y con ello salvaste nuestras vidas —suspiró Rob Lyndon—. Gracias, Dawson. ¿Cómo podremos pagarte lo que has hecho por nosotros?

—No digas tonterías, Rob —Alan Dawson hizo un gesto elocuente con sus manos—. Somos compañeros. Hemos luchado juntos por una misma causa: la victoria del hombre, de la Humanidad entera, sobre un azote que no hubiera vacilado en destruirnos a todos. Su mente insana hubiera sido capaz de las mayores atrocidades.

—Ahora comprendo lo que debiste sufrir al apretar aquel antielectrón —dijo con voz sorda Donald Callowan, cortando finalmente la punta de su cigarro habano—. Tú te habías enamorado de aquella chica, ¿no es cierto?

—Sí, eso es lo terrible. Me enamoré de la Ada Lorraine que me puso en libertad y corrió riesgos contra mí. Sólo que esa mujer no existía. Era falsa, como lo era el mítico y perverso Kovac. Luego, al caer la máscara... he visto el horror de mi sentimiento. No sé cómo pude amarla siquiera...

—Era hermosa —dijo con lentitud Callowan—. Hermosa, joven e inteligente. Si no hubiera cultivado dentro de sí el odio a sus semejantes, hasta extremos enfermizos, acaso hubiera sido una gran muchacha, hubiese encontrado un esposo como tú, y hubiera ganado el derecho a su felicidad... Los seres humanos somos extraños y terribles, Dawson. Viajamos por la vida entre el Bien y el Mal, por un sendero tan angosto como un simple trazo de lápiz sobre el papel. Si al principio nos inclinamos a un lado u otro, viene el cataclismo o la normalidad. Porque luego la inclinación crece, crece, crece. Y nadie sabe entonces de lo que llega a ser capaz un ser humano.

—Sí, todo el mal radica en el principio —asintió Alan Dawson con voz sorda, conteniendo difícilmente su amargura—. Ada no supo ver eso... y destrozó su vida, destrozando a la vez la de otros muchos. Yo no la lloraré,

señor. No se llora a un monstruo, por hermoso que sea. Sólo lamentaré, durante toda mi vida, no haber conocido a otra Ada Lorraine... a una mujer como cualquier otra mujer del mundo...

—Encontrarás otra, Alan —dijo Rob Lyndon—. Estoy seguro de ello. La encontrarás algún día, y eso te hará olvidar lo de ahora... Yo tuve una vez una novia que me decepcionó profundamente. De eso hace algunos años, y creía que ya jamás podría hallar a otra que me hiciera olvidar...

—¿Y la has hallado? —se interesó ahora Callowan, mirándole con expresión irónica, mientras su aromático cigarro lanzaba nubecillas de humo azul al aire.

Los ojos de Rob Lyndon se encontraron con los de la pelirroja y valerosa periodista Hazel Dodds. Ella los bajó con rapidez, enrojeciendo rápidamente sus mejillas.

—Sí, señor —declaró Rob Lyndon con un estremecimiento de gozo en su voz—. La he hallado... Y esta vez, para siempre.



¡UN REGALO DE HORAS FELICES!

GENTE ALEGRE

Del gran escritor americano

ROBERT TALLANT

La absurda y un tanto obesa señora Candy, el tímido e Inocente señor Petit, los turbulentos Blanche y Eddie y el imponderable fantasma del señor Candy son personajes que bajo el irisado prisma de un humor brillante y efectivo, desfilarán para usted en las alegres páginas de este magnífico volumen.

ASÍ QUE LO HAYA USTED LEIDO, LA VIDA LE PARECERA MAS ALEGRE. EL CIELO MAS AZUL, LAS FLORES MÁS FRAGANTES Y SU VECINA MAS GUAPA.

No importa que ría usted con risa de conejo...

SI SE RIE USTED CON ESTE DIVERTIDO LIBRO... ¡TODAS LAS RISAS SON BUENAS!

Precio: 60'— ptas.

Es una selección literaria de
EDICIONES TORAY, S. A.



¡LA RISA TONIFICA,

pero,

LA SONRISA

ENGENDRA

OPTIMISMO!

EL BEBE Y EL ACORAZADO

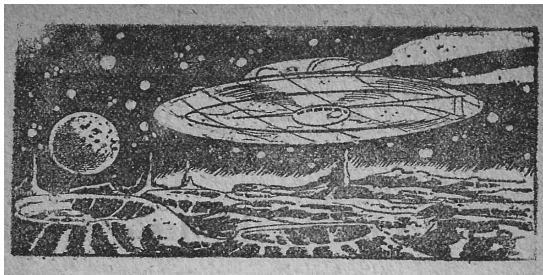
La original novela de ANTHONY THORNE ha cobrado vida cinematográfica, animada en los principales personajes por JOHN MILLS, RICHARD ATTENBOROUGH, LISA GASTONI... y un rollizo y simpático BEBÉ de seis meses.

EL BEBE Y EL ACORAZADO

Cáustica muestra del humor inglés, salpicada a trechos con las más brillante e intencionada chispa latina, será publicada próximamente, por

EDICIONES TORAY, S. A.

¡Un ramillete de sonrisas de ternura y de regocijantes situaciones!



¿LE GUSTARÍA A USTED EXISTIR DENTRO DE CIEN, DOSCIENTOS O TRESCIENTOS AÑOS?

Sería fascinante, ¿no es cierto?

El medio de realizar este maravilloso sueño y de vivir AHORA los prodigiosos hechos que conocerán las futuras generaciones, se lo brinda la famosa

Colección E S P A C I O

Un mundo nuevo, atrayente y desconocido se abrirá para usted en cada uno de sus impresionantes relatos.

Colección E S P A C I O

Cada título es la intrigante y humana aventura de unos hombres que todavía no han nacido, en el marco incomparable de esos ignotos mundos, de los cuales, hasta hoy, sólo ha llegado hasta nosotros como un mensaje indescifrable, el parpadeante destello de su remota y misteriosa luz.

¡SI DE VERAS QUIERE USTED GOZAR DE EMOCIONES NUEVAS Y SOBRECOGEDORAS, ADQUIERA TODOS LOS VOLUMENES DE ESTA PRODIGIOSA Y ELECTRIZANTE COLECCIÓN!



¡UNA HISTORIA DE GUERRA RELATADA EN EL CRATER DE UN OBUS!

EL AGUJERO

Por

MICHEL TAURIAC

*Gran Premio Literario
de Indochina.*

La historia de un grupo de adolescentes sumergidos en el rugiente agujero de la guerra, con los pies en el barro y la mirada en las estrellas.

EL AGUJERO

Un relato de guerra distinto a todos. Un argumento lleno de poesía y sensibilidad, con escenas de crudo realismo y patética emoción, que tiene como fondo la trágica epopeya de las fuerzas francesas en Indochina.

250 páginas formato 13'5 x 20'5

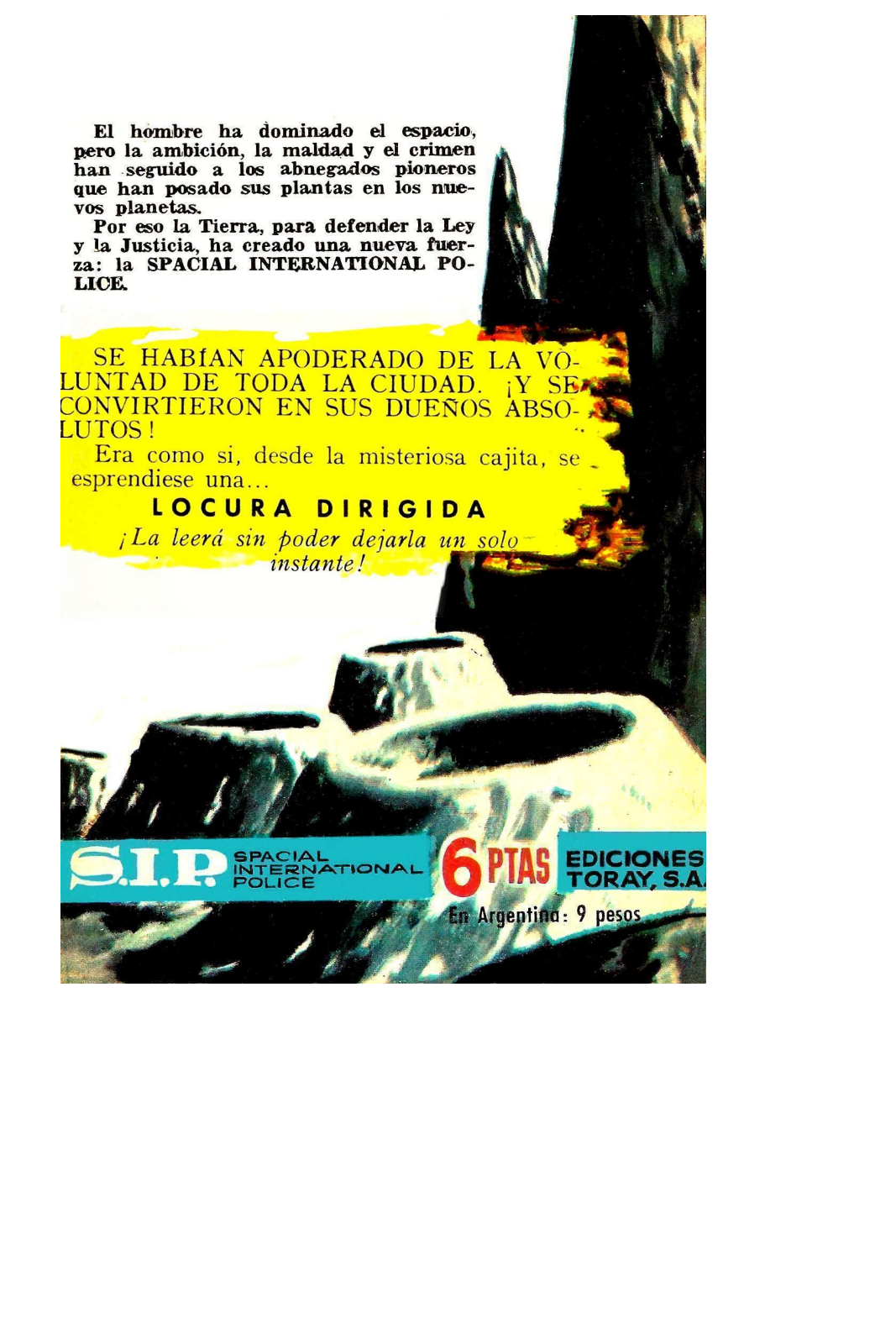
Precio: 60 ptas.

Pídalo en todas las librerías y a

EDICIONES TORAY, S. A. - Teodoro Llorente 13

BARCELONA

- 35.— Con el agua al cuello.— *Alan Star*
- 36.— Contrato fatal.— *Alan Comet*
- 37.— Muerte a distancia.— *Alan Star*
- 38.— El horror verde.— *Johnny Garland*
- 39.— ¡Muerte fosforescente!— *Johnny Garland*
- 40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
- 41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
- 42.— Rejas de arena.— *Alan Star*
- 43.— El signo de la momia.— *Johnny Garland*
- 44.— Fuego mortal.— *W. Sampas*
- 45.— Policía podrida.— *Alan Star*
- 46.— El planeta negro— *Johnny Garland*
- 47.— ¡Llega el Ku-Klux-Klan!— *Alan Star*
- 48.— La plaga azul.— *Johnny Garland*
- 49.— Agente femenino.— *W. Sampas*
- 50.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
- 51.— La banda de los nictálopes.— *W. Sampas*
- 52.— ¡Callowan culpable!— *Alan Star*
- 53.— ¡S.I.P. contra la ley!— *Johnny Garland*
- 54.— Un gangster en la S.I.P.— *Alan Star*
- 55.— Tela de araña.— *W. Sampas*
- 56.— Trampa para caballeros.— *Alan Star*
- 57.— ¡S.O.S., Tierra! — *Johnny Garland*
- 58.— *Tráfico inhumano.*— *Alan Star*
- 59.— **Space Boys*.*— *W. Sampas*
- 60.— El supercerebro.— *Johnny Garland*



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

SE HABÍAN APODERADO DE LA VOLUNTAD DE TODA LA CIUDAD. ¡Y SE CONVIRTIERON EN SUS DUEÑOS ABSOLUTOS!

Era como si, desde la misteriosa cajita, se esprendiese una...

LOCURA DIRIGIDA

¡La leerá sin poder dejarla un solo instante!

S.I.P. SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

**EDICIONES
TORAY, S.A.**

En Argentina: 9 pesos